Minucias

Arturo Castro Esquivel

897.286
C355mi

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

897.286
C355mi

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002698975

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/minuciasnovela00cast

ARCASES

MINUCIAS...

NOVELA

Pallete
Varas.

MINUCIAS...

DEL AUTOR:

El Tesoro del Rajah (novela)

ARCASES

MINUCIAS...

NOVELA

IMPRENTA LINES
1927

Es propiedad del autor.
Derechos reservados.

31494 - Edición Marechemo. 1927.

A la memoria de

AUGUSTO ROJAS M.,

el amigo generoso, de recuerdo imperecedero, dedica estas páginas

EL AUTOR.

453696

LECTOR:

Esta que el autor ha llamado novela, dista mucho, en verdad, de serlo. Para ello necesitaría algunas condiciones indispensables del género, de que esta obra carece.

Es *más bien una serie de cuadros de nuestra sociedad actual y de su particularísimo ambiente familiar.*

Sus figuras están tomadas de la vida corriente y los sucesos que en ella ocurren no pasan de ser lo que vemos todos los días.

Aunque el propósito del autor, al concebirla, fué el de hacer una pintura de nuestra vida social en todos sus aspectos, lo más acertadamente que le fuera posible, a la postre, ha visto que sus intentos resultaron fallidos. Y esto, porque entre otras cosas, el lenguaje que aquí se usa no es el nuestro: le ha parecido demasiado antiestético el "vos" tico para ponerlo en boca de nadie, y mucho más chocante la serie de nuestros dichos populares y formas extravagantes de decir, a que por desgracia parecemos mostrar tanta inclinación. Así pues, como documento de información lexicológica nacional, la obra no ofrece valor alguno.

En lo que sí encontrará el lector exactitud es en el ambiente, en la manera de pensar y sentir de los protagonistas. Todos ellos viven y nadie podrá decir que alguna vez no los ha visto.

ADVERTENCIA:

Como bien pudiera ocurrir que algunos lectores, por ser de otra nacionalidad, por no haber vivido entre nosotros, o por cualquiera otra razón, no comprendieren el significado de varias palabras que se insertan en el texto de esta obra, por ser absolutamente TICAS, por lo menos en las acepciones en que aquí se usan, y no habiendo querido el autor hacer uso de constantes llamadas al pié de las páginas, cosa fastidiosa para el lector tratándose de obras de mero interés literario, le ha parecido conveniente incluir al final del libro una glosa de dichas palabras, puestas en el orden en que aparecen en la novela.

I

AQUELLA TARDE debía llegar Gustavo Andrade.

Así lo decía el telegrama recibido el día anterior y lo esperaban todos en la casa, desde el respetable don Antonio, su señor padre, hasta el último de los criados, quienes, trabajando sin descansar desde la salida del sol en el arreglo de la casa para tan fausto acontecimiento, hervían ya en curiosidad por conocer al causante de tanta fatiga y desasosiego.

Doña María, la madre, como Dolores, la encantadora hermana, en aquellas circunstancias habían dado pruebas de ser incansables. La noble señora no cabía en sí de gozo: llegaba su hijo, su querido Gustavito, después de seis largos años de separación!

La hermana estaba igualmente jubilosa: qué cara iría a poner cuando la viera hecha toda una señorita?

Don Antonio Andrade, un señorón *al día* pero de humildísimo origen, no estaba menos preocupado: sentado en su escritorio lleno de papeles por todos lados, conversaba con un hombrachón campesino como de su edad.

Entre los dos, cualquiera hubiera adivinado comunidad de sangre. Aquél era su hermano del campo, y la única diferencia que se distinguía entre ellos, era que el señor de la casa vestía elegante levita y chaleco de fantasía, y su interlocutor rudo pantalón de dril y chaquetilla corta.

Pensaba y recapacitaba el buen don Antonio en voz alta, mientras su hermano le oía absorto, haciendo gestos de aprobación y de asombro algunas veces:

—Oh! qué alegría volver a ver a su hijo! El le quería con toda su alma. Es natural! Un padre que no quiere a sus hijos!... Pero tenía que confesarlo: había sido un poco *mano pesada* con él. Después de todo, era la única manera de sacar partido de aquel muchacho. ¿Qué sería de Gustavito si él no hubiera obrado así? Se había propuesto a que su hijo valiera, y con su elocuencia paterna ayudada algunas veces por el látigo, había logrado encaminar al mozalbete por los buenos senderos. Gustavo había cursado la segunda enseñanza y obtenido el título de Bachiller: tenía realizada la primera parte de sus deseos! Pero faltaba la segunda: ¿qué profesión tomaría su hijo? ¿Dejarlo escoger? ¡Mal sistema, muy malo! Si así hubiera hecho, estaba seguro de que su hijo se hubiera quedado Bachiller y nada más. Imposible, de ningua manera: quién aguantaba un bachiller en la casa, que con su título creía saberlo todo? Nada más que su *vieja*, María, aquella amorosa madre:

—"Deja descansar a Gustavito, Antonio,—

le había dicho muchas veces—mírale cómo está de flaco el pobrecito. El estudio va a acabar con él! Pobre hijo mío. ¿Para qué sabios enfermos?

El no había hecho otra cosa que reirse: nadie se enfermaba de estudiar! Lo aseguraba por cualquier cosa, aunque nunca había puesto los pies en las aulas de un Colegio! Un muchacho podía ponerse flaco y *acabado* por muchas razones antes que por el estudio. Además, su pequeño era inteligente (no sabía a quién lo había *salido*), tenía facilidad para todo, cómo, pues, iban a dejarlo así, sin profesión, ellos a quienes sobraba el dinero?

La madre, a la postre, había aceptado aquellas juiciosas razones:

—"Había dado su opinión, pero ya que Antonio se empeñaba en mandarlo a estudiar, pedía que su hijo fuese Ingeniero. Ah sí! Ingeniero: con lo que a ella le habían gustado siempre las Matemáticas!

Pero él, que por entonces ya había pensado en lo que sería su hijo, no pudo darla gusto en esto tampoco:

—Ingeniero!... qué va! y para qué Ingenieros en un país donde todo el mundo se hace sus casas y se mide sus *cercos*? No: quería que su hijo se hiciese médico y nada más que médico. No había médico pobre: todos llegaban y se hacían ricos en un dos por tres!

Aquí, su hermano, que hasta entonces no había soltado palabra, dió un solemne puñetazo al escritorio cuyos floreros primorosamente arreglados por Dolores, oscilaron ame-

nazando caerse, diciendo con entusiástica admiración:

—¡Esa es la *verdá*, Toño. No hay *dautor probe!*

—Pues hijo—continuó el señor de la casa alentado en sus palabras por aquella repentina y calurosa aprobación—lo irás a creer?

Su mujer había tenido que quejarse también:

—"Jesús! Su hijo Doctor! Su hijo tener que levantarse de noche a atender a cuantos cupiese en gana enfermarse! Su pequeño descuartizando enfermos contagiosos! ¡Pobrecito de él! Estaba condenado a morir! Y ella que no podía hacer nada: lo que mandaba Antonio y nada más!"

—Y te lo juro José: la pobre hasta soltó un mar de lágrimas.

—Pero había salido con la suya. Su hijo se había hecho Doctor. Doctor inglés, que no es poca cosa! ¿Sería capaz la *vieja* de llorar como en antaño? De seguro que no. El sabía perfectamente que muchas veces la buena señora lo había hecho, pero de alegría, al recibir noticias de los triunfos universitarios de su hijo, y hasta había dicho:

—"Ah! Qué feliz idea la de Antonio. Tenía mucha razón el pobre!"

—Por eso, José, estoy satisfecho. Nada tengo que reprocharme.

El hombrachón campesino había oído la historia de la profesión de su sobrino con una admiración y una envidia que se le salía por los ojos.

—Ah Toño!—exclamó con un prolongado suspiro—si no se hubiera muerto mi Juan!

Pero no: es de creerse que aquel hondo suspiro y aquella melancólica exclamación del viejo campesino no tenían en realidad, razón de ser: con o sin su hijo Juan, estamos seguros de que el hermano de don Antonio no hubiera sacado el partido que él sacó de sus riquezas. Si su hijo hubiera vivido, no hubiera pasado de ser lo que su padre. Porque don Antonio tenía, por sobre su hermano, además de su clara inteligencia, a doña María, la mujer enérgica que por arte de encantamiento le había sabido sacar de su primitiva rusticidad, hasta llevarle a la altura en que se encontraba.

En efecto, la historia de don Antonio, es una de las que en nuestro país se están viendo a cada rato. Don Antonio era una *hechura* de su mujer. Nacido en el campo, había pasado allí la mitad de su vida, trabajando en las faenas como cualquier peón de su padre. Narrar cómo salió de ese medio y fué ascendiendo poco a poco en la *escala social*, sería obra de nunca acabar.

Sólo diremos que casado con doña María Silva, dama cartaginesa con un poco de sangre española en las venas y de una bondad de alma exquisita, viajó por Europa y los Estados Unidos, recibiendo un baño de cultura general que le hizo presentable y aun le dió un si es no es de elegancia que no le sentaba mal.

Acerca de doña María Silva, aparte de lo que dejamos dicho, sépase que era una señora como de cincuenta y cinco años, de mediana

estatura y de una corrección y fineza en los modales, que daba gusto.

Estaba conservadísima: cualquiera la hubiera echado cuarenta años a no ser las leves arrugas que ya le comenzaban a apuntar en las sienes y el pelo que lo tenía un poco gris.

Era la señora católica devotísima y práctica, pero no fanática: comprendía que la religión es necesaria en la mujer como en el hombre, y sobre este punto le gustaba discutir y hacer valer sus opiniones. Como descendiente de españoles rancios, abrazaba en un concepto caballeresco lo de las creencias y lo de la honra: para ella no había peor recomendación de una persona que decir de ella: "Es libre pensadora", "no tiene más religión que la de su razonamiento," o lo que es lo mismo: "no cree en Dios ni en el Diablo."

Era amiga en extremo de leer y alternaba en sus lecturas las obras clásicas de los varones ilustres de la Iglesia con los mejores y más castizos autores de hoy. Amaba la música y en las tardes en que no le ocupaban las labores de casa, solía sentarse al piano y tocar trozos de ópera y motivos españoles, con muy buen gusto.

En fin, la señora de don Antonio, en todo y por todo era lo que suele llamarse una venerable matrona.

No le atraía la vida inquieta de la sociedad de salón: la encontraba vana y conducente a nada. Pero llegado el caso, sabía hacer la corte en su casa, poniendo, además, en todas las reuniones a que asistía con su marido y su hija, la nota de más severa distinción.

Doña María era feliz, aunque tenía, como todo el mundo, alguna que otra preocupación que no le permitía serlo del todo. Por lo pronto tenía dos: y era la primera el no tener a su hijo al lado suyo. Y la segunda, cierta extraña pasión, más bien capricho, que había notado en su hija hacia un tal Pepe Frías, un poeta y pobretón a quien Dolores parecía querer sinceramente.

Aquel cortejante de su hija no era precisamente con el que había soñado para ella: ¿qué es, después de todo, un literato sin dinero? Nada. Nada en un país como este, en donde escribir versos es sinónimo de no hacer nada. Pero la niña se había empeñado y de ahí que tendría que tomar serias medidas para impedir la agravación de aquellas relaciones tan opuestas a su deseo.

Por lo demás, su hija Dolores era para ella un estuche de perfecciones. La había educado a su manera, tal como ella misma había sido educada, y estaba orgullosa de sus resultados.

En el escritorio don Antonio y su hermano, como los dejamos atrás, seguían conversando largo y tendido.

No hay para qué decir que el único que hablaba era el esposo de doña María:

—Sí. Su hijo llegaría aquella tarde. Habría como era natural, comida rumbosa. A ella estaban invitados los familiares más próximos, algunos viejos amigos suyos y dos o tres vecinos estimables, que habían conocido a Gus-

tavito desde niño, entre los cuales por cierto, no escaseaban los que habían reclamado una pedrada del mozuelo, un vidrio roto, una cáscara de banano tirada en la acera con malas intenciones, etc., y mil otras travesuras que don Antonio había calificado siempre de *muchachadas*.

También asistiría a la fiesta el padre Guevara.

Ah! qué hombre era ése!... Ilustrado y santo. Le conocía desde joven: le había casado, y le había bautizado a su hijo.

Tampoco debía faltar Conchita Pérez.

Conchita Pérez!... Qué mujercita más encantadora! Qué belleza, qué bondad, qué inteligencia de criatura!... Cuántas veces no había pensado en Conchita para esposa de Gustavo! Era ella de magnífica familia, nada menos que hija del Licenciado don Jacinto Pérez, el hombre de más clientela del país!... Había sido educada en el Colegio de Sion, allí donde no dejan ni asomar la nariz a las educandas, donde por fuerza las hacen buenas y piadosas!... Conchita de seguro hablaba francés, el idioma más dulce! Además, pintaba y bordaba! ¿Para qué más en una mujer?... El que quería tanto a su vieja y nada de esto sabía hacer la pobre!... Qué cosas, cómo cambiaba el mundo!...

Sí, no habría remedio. Indudablemente que Conchita tendría que ser la mujer de Gustavo. El mismo sabría pintarle como convenía a la hija del abogado Pérez. Lograría que se

conocieran, que se trataran, y... ya respondería del buen éxito!... ¿Cómo era posible que alguien resistiera los atractivos de Conchita? Sólo su mujer: a su vieja no le gustaba la hija de don Jacinto.

—"¿Cómo te imaginas, Antonio, que esa mujer pueda llegar a ser esposa de nuestro hijo—le había dicho ella furibunda—. ¿No comprendes que esa no es mujer para nadie, y menos para Gustavito?... ¿No tienes ojos para ver cómo anda esa loca? ¿No reparas qué trajes usa? Sedas y encajes, rasos y crespones. Eh! qué tal? ¿Dónde vamos a parar vistiendo a esa mona con cada vestido que le cuesta trescientos colones? Además, fíjate: es *Concha* una mujer seria? No has oído decir a la gente cómo se porta en los recreos y retretas? Dicen que coquetea con media humanidad. En verdad, Antonio, que debes estar loco de remate: no veo por ninguna parte la bondad que tú dices!..."

Pero él no se había dado jamás por vencido:

—"Pero por Dios, María!... Le parecía a ella poco la educación de aquella niña? A esa edad no había conocido mujer más ilustrada. Sabía cosas que apostaba que ella con todo y sus años ignoraba todavía. Y luego, le parecia poco ser hija de don Jacinto?

Además, Conchita era muy joven, estaba en la edad en que todas las muchachas son coquetas. Había que perdonárselo. El la perdonaba!... Ya con Gustavito la cosa iría distinta. Ella tendría irremediablemente que for-

malizarse y convertirse en una niña seria. Lo de los trajes?... Era natural: toda mujer bonita debe vestirse bien, con más razón si tiene dinero. ¡Cuánto sentía él no tener otra hija menos *seria* que Dolores para vestirla como a reina!..."

Su María se había sentido que se ahogaba:

—"Cómo era posible que su Antonio dijese tales atrocidades?... De veras de veras que había perdido el juicio! ¿No había observado acaso aquellos escotes inmorales de la mocita? ¿Aquéllos vestidos *chingos* de bailarina? ¿Aquella falta de mangas que dejaban el brazo desnudo? Entonces, ¿qué tenía la mocita de virtuosa, cuando el señor Obispo había prohibido los escotes, la falda corta y los brazos desnudos?"

El no había podido menos de reirse, y había salido otra vez a la defensa de Conchita:

—¿Le parecía inmoral a su mujer el escote? Estaba equivocadísima: la mujer que se escotaba, estaba seguro, no lo hacía por fea. Algo bonito tendría que enseñar. Acerca de la falda corta y las mangas, decía lo mismo: la mujer que lleva muy largo el vestido y se cubre los brazos hasta la muñeca, tiene sus motivos!... "Y ahora bien, ¿qué tenía que ver Su Ilustrísima con las modas?"

Aquí la exaltación de su esposa había llegado a su colmo:

—"¿También su marido *hereje*? ¿También su marido inmoral, opinando como si fuese un pollete de veinte años? El, tan viejo, a esos años hablando como uno de esos mo-

nos bailarines y vagabundos? Aquéllo le parecía increíble: sentía que se ahogaba en su sangre.

Ya verían cómo ella sabría impedir el casamiento de su hijo con semejante mujer!... Ya verían como ella no tendría pelos en la lengua para contarle a su hijo las barbaridades de *Concha!*

Para ella, cualquier escándalo antes que permitir ese matrimonio. Por su nombre que lo haría!..."

Don Antonio entonces, arrojaba al suelo su puro encendido, le volvía la espalda, y daba largos pasos por la alcoba, loco de impaciencia.

II

Aquella noche, pues, la casa de los Andrade estaba de fiesta: por el tren de la tarde había llegado de Inglaterra, Gustavo, el hijo ausente, esperado con tanta impaciencia y contento por toda la familia.

Como lo había dicho don Antonio a su hermano, el festejo consistió en una suculenta comida a cargo de uno de los mejores hoteleros de la capital.

La mesa estaba artísticamente dispuesta: de extremo a extremo de ella, la muy gentil Dolores había puesto floreros adornados que esparcían por la estancia un suavísimo aroma. El cielo estaba cruzado de guirnaldas en todas direcciones.

En el centro de la mesa, y entre su padre y madre, estaba el doctor: figuraos un tipo como de treinta años, o menos, bien parecido, de finos ademanes y con aquella pulcritud en las maneras, que procura el trato de la sociedad, y sobre todo, un viaje a Europa.

Tenía prodigiosa semejanza física con su madre, sólo que la rigidez del rostro constantemente manifiesta en aquélla, estaba reemplazada en éste por una expresión suave y casi dulce que dejaba adivinar la bondad de

su carácter. No obstante, Gustavo parecía más serio de lo que acostumbran serlo mozos de su edad. Quién sabe si su larga ausencia de la casa paterna o la aridez de sus estudios, le habían dado aquel aspecto de hombre razonador y poco comunicativo. Por lo demás, esta impresión nos la daba su espaciosa frente, por momentos arrugada con nerviosidad y su pelo, que escaciándole visiblemente en algunas partes de la cabeza, comenzaba a grisearle amenazador en las sienes. Sus bigotes negros y cuidadosamente recortados, le daban un aire varonil y enérgico.

Vestía *smoking* con marcada elegancia y buen gusto. Hablaba despaciosamente y con cierta dificultad, casi invisible, pero explicable, ya que llevaba sus años de hablar sólo inglés.

Mostrábase extremadamente afectuoso con sus papás y su hermana; pero con los demás, un poco cortado, y como inquieto: era indudable que las respuestas que daba a sus interminables preguntas, no lo eran de muy buena gana, y que las sonrisas con que acompañaba a cada una de ellas, llevaban un si es no es de fingido. A no dudar, esto era debido al cansancio producido por el viaje. No era difícil adivinar que de haber sido posible, el doctor hubiera preferido estar solo.

Frente a Gustavo, estaba Samuel Lytton, y al lado de éste, Conchita Pérez, quien había sido invitada muy amablemente por el señor de la casa pese a la declarada oposición de doña María.

El compañero de la Pérez era un inglés, condiscípulo de Gustavo, que había hecho el viaje con él, y se dirigía para la Argentina donde tenía unos parientes y quería pasar sus vacaciones.

Al otro lado del inglés, estaba Dolores y su primo Luis Silva, muchacho de provincia y estudiante de Derecho, muy joven, y según decires, muy aprovechado. Conversaba con Dolores y parecía como darle consuelo por la ausencia en la mesa, de su melenudo romántico.

Finalmente, en un extremo de la mesa, y como separados de la concurrencia por una importantísima conversación, estaban el padre Guevara y *ñor* José. Este último transparentaba en el brillo de sus ojos, la admiración y el júbilo que le producía aquella reunión tan distinta de las que estaba acostumbrado a ver.

En general, en la mesa reinaba una animación indescriptible. Los invitados apenas si tenían tiempo de llevar alimento a la boca. Gustavo y su amigo eran acosados a preguntas sin intervalo ni hilación a las que contestaban con cortesía.

Samuel Lytton, que era un inglés como de veintiocho años y el tipo genuino de su raza, esto es rubio, alto, ojos azules y cara delgada, apenas si chapuceaba el español, pero no paraba mientes en esta circunstancia para hablar con la mayor despreocupación hasta por los codos. Por lo demás, con una compañera como Conchita hasta

un mudo hubiera hecho de las suyas. Así es que, con admiración de todos decía tantas cosas acerca de su viaje, de sus impresiones en este país, de las novedades que había encontrado a su paso, que el mismo Gustavo estaba extrañado.

—¿Cómo era posible—decía—que Gustavo no le hubiese hablado nunca de este bello país? El trayecto del Atlántico: Oh! qué belleza! Escribiría lo más pronto posible a su familia sus sorpresas para que gozaran como él.

Conchita por su parte, encantada en el *machito* como ya lo llamaba en su interior, no cesaba de atizar el fuego de su palabrería, soltando sonoras y argentinas risas a cada respuesta del inglés, a cada ocurrencia suya, a cada palabra ignorada por él o dicha con dificultad.

Gustavo hablaba con sus padres, Dolores y el padre Guevara, alzando un poco la voz para que no la apagara la conversación que tenía al frente.

El padre Guevara, un buen sacerdote ya entrado en años y de beatífico aspecto, había dejado la conversación con el campesino para entrar en la de los amos.

Parecíale mentira al señor cura ver ya de vuelta al hijo de don Antonio. Cuántas veces había pensado en él y había rogado a Dios que le ayudase en los estudios!... Allí estaba doña María que lo atestiguase.

Esta hizo un signo de afirmación con la cabeza y guardó silencio con la mayor devo-

ción. Siempre que hablaba el padre Guevara, le parecía a ella estar oyendo el Evangelio. En realidad, tan buen amigo y tan de antiguo lo era el presbítero para la familia, que no podían tomarse de otra manera sus palabras en aquella casa. El padre Guevara había unido al matrimonio y bautizado a los dos hijos. Sus consejos eran oportunos y sabios. Su humildad rayaba en los límites de la santidad. Por todo esto lo respetaba y amaba doña María y por otra cosa: el padre Guevara era español y de los de sangre. Lo atestiguaban su acento castizo y su manera de ser.

El virtuoso sacerdote había continuado haciendo remembranzas de la juventud de Gustavo:

¿Se acordaba él del día de su Primera Comunión? El lo había preparado y estaba orgulloso de ello. ¿Se acordaba Gustavito de aquel vidrio de la Sacristía? Lo había roto de una pedrada, enojado porque no lo había dejado jugar a su gusto. Ah tiempos!... Y entonces, quien hubiera conocido el cariño que el director espiritual de la familia tenía por ella y por el mozo, hubiera encontrado lo más natural, el que sendas lágrimas de ternura corrieran por sus mejillas.

—El quería tanto a Gustavito, qué iba a ser?...

El hijo de don Antonio también estaba conmovido.

¿No iba a recordar las bondades del padre Guevara? ¿Iba él a olvidar aquella soli-

citud con que le había casi educado, y con que le perdonaba todas sus zamarradas de muchacho? Oh! Nunca. ¡Qué ingrato hubiera sido!... Le agradecía infinito sus oraciones en su pro. El había sentido, allá en sus horas de trabajo en el Colegio de Inglaterra, cuando estaba más agobiado, que fuerzas interiores y desconocidas le hacían erguirse de nuevo y seguir con los ojos en el libro. Estaba seguro de que aquella benefactora fuerza, eran los rezos del padre Guevara.

El anciano reía complacido y crédulo.

Gustavo al ver tanta abnegación también estuvo a punto de llorar.

Sí, era verdad, el padre Guevara era un Santo. Lo que le pedía al buen sacerdote era que no suspendiera sus oraciones por él! Necesitaba tanto auxilio del cielo!... Sentíase tan desamparado algunas veces!

Don Antonio abría desmesuradamente los ojos: ¿cómo era posible aquello? Su Gustavo parecía otro. ¿Quién, al verle, no hubiese dicho que el chico sufría amargamente? ¿Estaría enfermo el pobre? ¿Le habría disgustado alguna cosa?

Y el solícito padre, apartando su atención del grupo, recorría *in mentis,* con la mayor escrupulosidad, el trayecto efectuado de la Estación a su casa, por ver si encontraba algo desagradable para su pequeño, pero nada... ¿Habrase visto cosa igual?

Otra cosa había llamado profundamente la atención del buen señor: por qué aquella Conchita de sus planes matrimoniales, no pres-

taba ni pizca de atención a Gustavo, y parecía congeniar tan bien con aquel extraño? Esto le disgustaba sobremanera.

En efecto, como los dejaramos atrás, la Pérez y el inglés seguían conversando animadísimos.

A ellos se habían reunido Silva y su prima, y estaba haciendo como quien dice, las delicias de todos con su charla; y es que no era para menos: Conchita era una muchacha como de veinte o menos años y por todo punto encantadora.

Era hermosísima y estaba en toda la fuerza de su juventud. Blanca como la nieve, con frescas rosas en las mejillas, era muy notable y atractivo el contraste que formaba su rostro con el negro intenso de su cabellera llena de hondas, brillante y recortada graciosamente a la altura de las orejas. Bien se adivinaba en ella la mano del artífice; las cejas teníalas largas y delgaditas y perfectamente separadas una de otra. Los ojos constituían el mejor adorno de su rostro, pues eran grandes, alegres y vivos, adornados por crespas pestañas. Si a esto agregamos su perfilada nariz y su pequeña boca de labios tintos como la grana, que cuando se separaban, con una encantadora sonrisa, dejaban ver la pedrería de sus dientes, parejos, blancos y bien formados, llegaremos fácilmente al convencimiento de que Conchita era una mujer completa.

Y así era en verdad, pero tenía un defecto que casi dejaba de serlo por ser común a to-

das las mujeres, y es el de que hablaba como una tarabilla.

Había congeniado demasiado bien—como muy dolorosamente hubiera sospechado don Antonio—con aquel amigo de Gustavo y hacía todo lo posible por hacerle hablar, riendo a menudo con sonoras carcajadas que hacían torcer la mirada furibunda de doña María. Además, el delicioso champaña y unas cuantas copitas de Sauternes la habían sacado un poco de su ceremoniosidad habitual en aquella casa.

¿Iremos a transcribir en estas páginas todas las ingenuas ocurrencias y cosas baladíes que sirvieron de conversación a aquella tarabilla? Sería punto de nunca acabar. Sólo diremos que Conchita, con esa irreflexión característica de las mujeres, puso al inglés que la escuchaba admirado de tanta locuacidad, en un periquete, en conocimiento de los más mínimos detalles de su casa, de su vida, de la del vecino, y de la República en general. Le habló de bailes, de cines, de paseos, de fiestas y de cuanto Dios creó. Sobre todo le habló del baile y del cine: lo que le gustaba ésta y la otra danza, y éste y el otro artista de la pantalla.

Luis Silva escuchaba y con su prima Dolores se puede decir que se dedicaron a aprobar o desaprobar con monosílabos y ligeros movimientos de cabeza cuanto la hablantina Pérez les decía. El primero, de codos sobre la mesa, fumaba sin interrupción aromáticos cigarrillos americanos. Dolores, la barba apo-

yada en una mano se limitó a meter en su boca de vez en cuando una uva de las que había en la mesa.

Dolores era una gentil muchacha, como de diecinueve años, un poco menos que Conchita. Era hermosa y hasta bella, pero su hermosura no era como la de la Pérez, fragante y apetitosa, sino suave, dulce y fina. En su manera de ser, en su aspecto, en sus modales, en las ondulaciones de su voz argentina, se transparentaba la educación más refinada, la sencillez más natural, la inteligencia más clara. Dolores no era alta, y sin embargo, la proporción de su cuerpo espigado y libre de estrujamientos, su cabeza altiva y rubia como las espigas maduras y su mirar elegante sin afectación, daban el efecto de que tenía grande estatura. Tenía mucho de su madre, y sin embargo, algo más que ella: queremos decir: a toda la bondad de su persona, que aquella tenía, Dolores reunía un encanto irresistible. Quién sabe si este encanto residía en su aspecto de mujer adorable, o en la exquisita gracia y elegancia que ponía en el vestir y en sus modales todos. Lo cierto es que pretendientes a su mano no le habían faltado en gran escala. Cosa rara, pues en nuestro país, son las mujeres ligeras y atolondradas, nada cultas, las que primero se casan. Así pues, Dolores en muchas ocasiones se había visto precisada a rechazar no pocas manos, por groseras algunas, por demasiado pretenciosas otras, las más por vanas.

Pero no obstante, hubo un mortal más

feliz que nadie y ese fué un pobre de dinero pero no de ideales y fantasías, por mejor decir un poeta sin más oficio ni beneficio que ese dictado, a la verdad merecido, pues que como veremos más adelante, Pepito Frías hacía versos no malos del todo.

Dolores además de lo que va dicho, era una mujercita hacendosa y recatada, y única para todo lo que a labores de casa se refería, sin que por ello se piense que no lo era también para el arte, pues que con sus maravillosas dotes, bordaba y cosía fino de lo lindo, pintaba al óleo, acuarela y pastel de mil amores, y tocaba piano que era un primor. En efecto, para la música tenía una grande disposición, y habiendo pasado a conciencia los primeros ejercicios, tocaba a perfección a Beethoven, Bach, Chopin y hasta Liszt, y cuanta música clásica caía en sus manos, siendo muy de notar que a diferencia de su padre, sentía repugnancia sin límites por la música ligera y popular, sobre todo por la americana, los monótonos *fox-trots* y *one-steps*, "profanaciones artísticas" como ella las llamaba en el colmo de su devoción por la buena música. Así pues, con todo esto y lo que llevamos dicho acerca de la privilegiada señorita, fácilmente puede comprenderse el amor que por ella sentía el poeta Frías, y todos cuantos la rodeaban.

La conversación había recaído en el grupo juvenil, sobre el tema más fácil para el bello sexo, cuanto más escabroso para el feo: cuestiones de novios.

Como Conchita preguntase a Silva qué le parecían las hermanas Talmadge, para ella las reinas de la pantalla, y éste no le contestase sino con uno como gruñido hijo del tedio, dando a entender que era neutral en ese sentido, Conchita casi se enfurece:

—La verdad es que él qué iba a saber! Si cuando iba al cine veía a todas partes menos al lienzo!... Tan enmorado como estaba!... Aquella Virginita Gutiérrez lo tenía loco, no lo dejaba respirar. A todas partes con ella!

Silva, que hasta entonces encontró oportunidad de abrir la boca con motivo, se hizo cargo de la chanza, y repuso:

—Eso sí que no, Conchita. Nadie era capaz de enamorarlo, como no fuese ella misma.

Al oir tal galantería, la Pérez hizo un mohín graciosísimo y dijo:

—¿De veras? Bueno saberlo. Ya lo tendría en cuenta.

Lytton se reía sin saber por qué. Apenas si comprendía de qué se trataba. Sentíase subyugado por Conchita. Aquella mujer para sus adentros, era en realidad bonita e inteligente. Nunca se había sentado al lado de una mujer más viva ni más hermosa.

Fácil era adivinar que la Pérez había producido en el inglés, la impresión que todas las mujeres latinas producen a los sajones: muy hermosas y pizpiretas, algo faltas de sentido.. pero, lo uno por lo otro! Inglés como era, no había salido jamás de la Gran Isla, ni alternado con mujer de aquella raza como no fuera con una amiga que vivía en

Londres, en la misma casa de sus padres. Samuel era sajón, pero tenía mucho de latino. Desde que conoció a Gustavo en la Universidad, sintió por él grande afecto, por más que no había encontrado en él la alegría y constante inquietud con que él hiciera a los latinos. Juntos habían hecho la carrera, y habían obtenido el diploma. Entonces Lytton había creído llegada la hora de realizar uno de los grandes ideales de su vida: conocer América. ¿Qué otra ocasión mejor de hacerlo que aquella en que su amigo partía para su país? Ah! América!...—se había dicho muchas veces ilusionado con la promesa de su viaje—. América, el país de las selvas vírgenes, de las enormes montañas, de los animales raros! ¡Qué hermoso! Donde había tanto salvaje y aun antropófagos!...

Gustavo lo había oído siempre discurrir, con la curiosidad con que se oye a un niño hablar del infierno y de las hadas, y no podía menor de reirse, salvo cuando el inglés decía esto último.

Salvajes!... ¿Cómo haría él para quitarle esa idea a Lytton? ¿Esa atravesada idea? En América salvajes!... Salvajes en América!... ¿Dónde había oído semejante cosa? En América no había salvajes! Si acaso ignorantes y analfabetas como en todas partes! Allí no se dormía en los árboles, como Lytton se imaginaba, ni se andaba desnudo! Allí había casas como en todo el mundo, y la gente vestía correctamente.

Pero Lytton dudaba!... El se había imaginado América de tan distinta manera!...

Por demás está decir que bien pronto tuvo ocasión de cambiar de parecer por sus propios ojos.

La conversación proseguía acerca de novios, y todos tenían azurumbado al pobre Silva con sus alusiones acerca de la Gutiérrez, a quien en realidad apenas si conocía, por más que sabía que era bonita y cortejada. La risa de todo el mundo llegó a su colmo, cuando Gustavo que hasta entonces no hablara sino con la parte *seria* de la mesa, dijo de buenas a primeras con un acento de sinceridad que no daba lugar a duda:

—Primo Luis, ¿cómo van esos amores con Virginia?

Silva hizo una mueca de asombro que hizo reir hasta los viejos. Dolores también dejó oir su argentina risa.

—¿Qué había dicho Gustavo? Pero hasta él sabía....

—Todo se sabe, Silva—dijo Conchita rematando la inquietud del mozo.

—Pero hombre—seguía diciendo Gustavo—se imaginaba su primo que a él no le escribían? ¿No recibía cartas de sus padres y Dolores? Ellos se lo habían dicho.

—Pero si es una muchacha que apenas si conozco....

—Calle, calle,—dijo Dolores—todos dicen eso....

—Por Dios, debía creerle. Si fuera cierto, a que lo negaba? Pero, por todos los santos! ¡Qué rapidez en las noticias! ¡Saberlo su primo de Inglaterra!...

—Para que veas—decía Gustavo—. ¿No es verdad, Lytton, que yo te enseñé la carta de mamá?

—Sí—repuso Lytton—. Es verdad.

Todos rieron a más no poder. Luis estaba abrumado.

Doña María, que no había cesado de escuchar la palabra del presbítero, junto con su marido y su rústico cuñado, no pudo dejar de averiguar el motivo de aquella algazara que le zumbaba en los oídos; necesitó saber de qué se trataba, y sobre todo ver de sentar en raya a aquella "mona coqueta" que hacía más bulla de la necesaria. Puesta en autos del asunto, dijo seriamente:

—Lo de Luis es verdad. Está comprometido y se casa.

Las carcajadas aumentaron considerablemente, muy a disgusto de la buena señora, que sin querer las había causado.

—¡Pero tía, por Dios! ¿Cómo sabía ella eso?

—Todo se sabe, Luisito, todo se sabe.

Y el pobre Luis se acomodaba en su silla a cada rato con impaciencia, y haciendo esfuerzos por cambiar de conversación. Por fin vió logrado lo que quería.

—¿Cuándo parte Mr. Lytton para la Argentina?—interrogó Conchita.

El interpelado repuso que cuando hubiera vapor.

La respuesta conmovió a toda la concurrencia. No, eso no era posible. Tendría que quedarse lo menos un mes. Sería una barba-

ridad partir tan ligero. No conocería entonces nada. Eso ni se discutía. Tendría que quedarse a todo trance.

Lytton confuso y azurumbado accedió, aunque no sin dar a entender que lo que decía era muy difícil.

Conchita dió un salto en el asiento. Luis batió palmas. Gustavo, a quien Samuel consultaba todo, asintió con la cabeza, y Dolores sonrió al amigo de su hermano.

Todo esto lo observó doña María y nada le llamó la atención, como no fuera la demostración casi infantil de la hija del Abogado Pérez. No concebía la buena señora semejante familiaridad en personas que acababan de conocerse. Pero luego reflexionó y no pudo evitar una sonrisa que asomó a sus labios. Acababa de ocurrírsele, la para ella salvación de su hijo: sí, aquella loca fogosa, tendría que ser para el amigo. Lo que es para Gustavo, ella tenía buscada una mujer, y qué mujer!

Véase, en cambio, lo que pensaba don Antonio: No comprendía la frialdad de su hijo con aquella mujer tan llena de encantos. Conversaba todo el tiempo con el anciano presbítero, pero no había apartado un momento los ojos de Conchita. Su castillo aéreo se desplomaba, como aéreo que era.

El padre Guevara, no obstante, se empeñaba en proseguir su conversación y atraer la atención de todos con sus sabias palabras.

Así como entre los jóvenes, y a provocación de Conchita, la conversación recayera

sobre tan insulso tema, entre los viejos y con marcada intención de doña María, ésta versó sobre el asunto de que más gusta hablar a los que han vivido mucho: esto es, de su época, y de sus buenos tiempos, haciendo siempre paralelos entre aquéllos y los presentes. Por otro lado, hemos de decir, que el padre Guevara, como instruído que era y de sanísimo criterio, sabía explotar este tema de bonísima manera. Así es que con el asunto iniciado por la dueña de la casa, y aguijonado por ésta con tal objeto, comenzó diciendo:

—¡Ah, señores, y cómo ha cambiado el mundo!...

Y al decir esto de buena fe, el pecho del eclesiástico se henchía en un suspiro amargo, y su rostro inteligente y dulce reflejaba profunda amargura.

Doña María, que observó el gesto, y también de buena fe sentía lo que el anciano cura, se apresuró a decir, aunque con menos resignación:

—Oh! Sí, padre, cómo ha cambiado el mundo! Por cualquier lado que ella lo mirase, lo encontraba todo distinto, y lo que era peor, desmejorado. ¿Las modas? ¿Las diversiones? ¿La vida toda? ¿El matrimonio? ¿No habían dado todas estas cosas un vuelco lamentable hacia la inmoralidad y la perdición?

—El matrimonio!... El matrimonio!...— exclamaba el clérigo, moviendo a uno y otro lado su cabeza blanca, con profunda pesadumbre—. ¡Cuán distinta cosa es hoy el matrimonio, que lo era en más felices días!... El

comprendía que el amor puro y verdadero no se tomaba ya en cuenta para casarse. Por eso se veían tantas desventuras en los matrimonios. Además, ya no se tenía tanto respeto por aquella sagrada Institución. Ahora, el matrimonio podía desbaratarse!... ¡Qué error más grande!.... ¡Disolverse un vínculo santo y eterno!... ¡Mentira, mentira! Esos que se casaban por segunda vez, teniendo a su primera mujer viva, amparados por leyes hechura de los hombres, aunque así lo pensaran, no estaban casados. Error gravísimo! No podían estar casados! Más bien, *vivían* con su mujer!...

Doña María asentía a todo con la cabeza. Don Antonio parecía escuchar con atención. Los Jóvenes oían con interés. *Ñor* José, aprovechando que no le veían, se santiguó rápidamente para seguir oyendo.

—Ahora bien:—seguía diciendo el Cura —podría caer jamás la bendición de Dios sobre esas casas? Imposible! Pero, Ay dolor! esto no es todo! Conocía él hogares, que con ser cristianos de nombre, estaban muy lejos de serlo en el fondo. El marido, trabajaba *como un burro* durante el día y tal vez durante la noche, mientras su esposa, la madre de sus hijos y la responsable de ellos ante él y ante Dios, andaba todo el día de paseo, en *tées* y reuniones como la soltera más descuidada! Cosa antinatural y vilipendiable!... ¿Y quién tenía la culpa de esto? El desorden y la irreligión. Si tanto el marido como la mujer pensasen por un momento que hay un Dios

en el Cielo que les pedirá cuenta de su vida y la de sus hijos, la cosa andaría de otra manera. Si el hombre *se amarrara los pantalones* en su casa, y dijese a su mujer: "No más lujos, no más paseos. No más *tées*. No más reuniones, no más teatro. Quédate en tu casa cuidando de tus hijos. Vigílalos. No tienen más madre que tú. Si no estás en tu casa vivirán como huérfanos, y tal vez esto sería lo mejor, porque tú les das pésimo ejemplo", él respondería del orden en las familias.

La verdad de aquellas palabras dichas con sinceridad, tenía a todos conmovidos.

—El lujo!... El lujo!...—seguía diciendo el padre con calor y aprovechando la expectación de sus oyentes—esa carroña social que envenena al mundo, tiene más culpa que nadie!... Bien estaba para los ricos. Para quienes no cuesta nada el dinero!... Pero, oh irrisión! para los pobres, que uncidos al yugo no levantan cabeza? Nada más malo.... nada más perjudicial! Sin él habría menos depravación, más moralidad. Los hombres no le huirían al matrimonio como el gamo a la jauría!...

La madre de Gustavo al escuchar tan sabias palabras, se relamía de gusto. Sabía que Conchita estaba oyendo. Lo que le extrañaba era que la *mona* aquella no se hubiera puesto ni colorada.

—Parece mentira — continuó el padre Guevara — que haya padres de amilia tan sin cabeza que cuajen a sus hijos de sedas y ropajes lujosísimos. Qué locura, qué cruel-

dad! Qué no había pensado él al ver en todas partes niñitas de cinco años vistiendo crespones y pieles valiosísimas, con el desenfado y la insolencia con que pudieran hacerlo las más perversas mujeres de mundo? ¿No era esto un escándalo? ¡Empezando a vivir!... Quién aseguraba a aquellos pobres niños que siempre habían de vestir así!...

Don Antonio había oído esto y también opinaba que a los niños no se les debe dar tanto lujo. En cuanto a las mayorcitas.... y para sí, el buen señor pensaba de muy distinta manera.

Conchita no había dado mucha importancia a aquel *sermonazo* del padre Guevara, y terminado que hubo éste de hablar, reanudó su charla con Samuel.

En cuanto a Silva, miró la hora en el gran reloj que pendía de la pared, y manifestó deseos de retirarse.

La velada terminó, según nos lo contaron después, muy avanzada la noche.

Don Antonio, al despedir al Cura, parece que con la preocupación más visible dijo a su amigo:

—¿No notó Ud. padre, cierta cosa rara en Gustavito? ¿No le pareció a Ud. demasiado serio? Cosa rara! Cualquiera diría que es otro! Ha cambiado tanto!...

Y que el buen anciano, con la naturalidad habitual en él, se limitó a decir:

—Qué quiere Ud. don Antonio. Todo cambia en el mundo! Todo cambia!...

III

Después de hacerse una coquetísima *toilette*, Conchita Pérez había besado en la frente a su padre, y le había dicho:

—Voy a casa de las Acebedo. Coseré esta tarde allá. Volveré a las cinco.

Y con un bastidor bajo el brazo y una cestita en las manos había salido presurosa.

Las Acebedo, costureras buscadísimas por su pulimento en sus trabajos, vivían en una casa cómoda y arreglada. No convenía de otra manera a la posición de su señor padre, don Justiniano Acebedo, antiquísimo servidor de la República en el ramo de Justicia, ni tampoco a la posición social de las niñas, que aunque costureras, no dejaban de ser hijas de su padre, caballero de grandes prendas y unánime aprecio en la sociedad.

Las Acebedo eran cuatro. Cuatro mujeres, que como ya veremos más adelante, don Justiniano quería como las niñas de sus ojos, sin distinción, por más que dos eran solteronas de cuarenta, y las otras dos, pollitas de a veinte.

No se sabe por qué extraño motivo la maledicencia pública había dado en llamar a las

dos Acebedo mayores *las Toronjas*: quizá por el parecido que había entre el sabor de esta fruta y su amargo carácter. Tal vez por la semejanza que existía entre ellas y sus cabezas muy redondas y peinadas lisamente con apretados moños, y sus rostros regordetes. Lo cierto es que este nombre había encontrado tanta aceptación, que pasando del vecindario a las reuniones, no había persona alguna que las llamara de otra manera. Las dos menores que oían llamar así a sus hermanas, no dejaban de pasar malos ratos, forzando en todas partes por quitárselo. Pero las pobrecitas bien pronto desmayaron ante la agobiosa generalidad de tan extraño nombre.

Cuando Conchita entró al cuarto de costura, las dos pollas volaron a su encuentro, con manifiestas expresiones de contento. Las dos *Toronjas* no se movieron de sus asientos y se cruzaron entre sí una mirada significativa. Estaban cosiendo cada una en su máquina, la que no se dignaron parar al entrar la visita.

Las pollas tenían en sus regazos las labores y sentaron a la hija de don Jacinto en una cómoda poltrona, mientras haciéndole la corte, se mantenían notoriamente separadas de las solteronas.

Como la Pérez insistiera en saludar a estas últimas, ellas respondieron con una especie de gruñido, que entre el estruendo de la máquina, apenas si se oyó. Conchita debió estar en autos de manera de ser tan singular, porque no paró mientes en tan descortés

los acabo cuanto antes. Hoy, que debía haber hecho tanto, me he levantado tan tarde!

—Y eso por qué, Conchita?— interrogó Sofía.

—Me acosté tarde anoche.

—¿Estuviste en el Teatro?

No. En casa de los Andrade.

La menor de las pollas, Angela, que hasta entonces no había mirado más que a su labor, como no fuera para saludar muy afablemente a la visita, levantó su hermosa cabeza, echó una mirada a sus hermanas mayores que seguían cosiendo, y por la inquietud de sus ojos se comprendía que aquellas palabras le interesaban. Acercó más su silla y escuchó.

Angela era de un carácter muy distinto al de sus hermanas.

Era buena, extremadamente buena y cariñosa para con todos y particularmente para con su padre, única persona, según ella, que la comprendía. Y decimos comprendía, porque para sus hermanas, la hija menor de don Justiniano Acebedo resultaba incomprensible.

Desde pequeña la niña se había distinguido por su clara imaginación, algunas veces demasiado fantástica, por lo que sus hermanas sin conocer exactamente el sentido de la palabra, la decían *romántica.* Jamás había tenido discusión con nadie ni mucho menos con ellas. Cuantas veces tuvo que desahogar a punta de lágrimas sus impertinencias!...

En cuanto a novios, hemos de decir que Angelita no había tenido ninguno, por más que todo el mundo la creía enamorada de alguien.

actitud para seguir como si tal cosa. En verdad que su amistad era con las pollas.

Estas, como se ha dicho antes, andarían la una en los veinticinco, la otra en los diecinueve, y a diferencia de sus hermanas, no habían sido víctimas de la maldad del público con sobrenombre alguno. Pero si no lo tenían por fuera, lo tenían entre casa, porque sus hermanas mayores sólo las llamaban y por cariño, *las Chitas*.

La mayor de ellas, Sofía, era una mujer que si no bonita del todo, por lo menos era hermosa. Tenía bonitos los ojos y la boca. Lo demás no tanto. La nariz respingada la afeaba, lo mismo que algunas manchas en el cutis producidas por dolencias hepáticas. En cuanto al cuerpo, era demasiado gruesa y nada esbelta. Si paramos mientes en esto y en su no muy temprana edad, podremos decir sin miedo que la *chita* Sofía, corría si no volaba, a completar el grupo de las solteronas.

—Válgame Dios! Qué calor más insoportable!—dijo Conchita al sentarse, limpiando con su lindo pañuelito de batista las gotas de sudor que corrían por su frente—. En mi vida he visto otro igual!

A las pollitas les pareció lógica la exclamación de la Pérez. No así a las solteronas. Tecla, la mayor, dijo:

—Está Ud. demasiado gorda, Concha.

La aludida apenas si miró a quien le hablaba.

—Vengo a pasar un rato con ustedes—dijo—Me he traído mis bordados para ver si

Y no era por fea; porque Angelita Acebedo era una mujer hermosa y linda. Tenía unos ojos negros y melancólicos que envidiaba más de una. El cuerpo esbelto y bien formado y un aire gentil de damita bien educada que daba gusto.

Pretendientes no le habían faltado nunca, pero ninguno había logrado gustarle.

Sus hermanas sufrían con la frialdad de la niña y por todos modos forzaban por donde hacerle *entrar* éste o aquél pollo de moda que la pretendía. No obstante, y por ser la menor de la casa, era la más consentida. Su padre la amaba con adoración.

—Pues sí—seguía diciendo la Pérez—Comí anoche donde los Andrade. ¿Qué les parece? Llegó el Doctor.

—Eso ya lo sabíamos—dijo agriamente Tecla, sin parar la máquina.

—¡Bravo! Bravísimo, dijo Sofía batiendo palmas—. Esto se lo sabía Tecla pero nosotras no—agregó—si me lo decía el corazón. ¡Gustavo Andrade aquí!... ¿Será verdad tanta ventura?

La inesperada exclamación de contento de la niña dejó a todas extrañadas.

Las solteronas pararon su máquina y Conchita abrió la boca desmesuradamente.

Sólo Angelita permaneció con la cabeza baja, aunque cualquiera hubiera visto en sus labios una amarga sonrisa.

—Pues está aquí—siguió diciendo la Pérez—y tan guapo que da gusto. Pero lo que más me alegra es que ha venido con un *machito* que a la verdad, me ha caído en gracia....

—A ésta quién no le cae en gracia!—dijo Tecla a Jacinta de manera que sólo ella le oyera, y más alto:

—Lo pescarás a no dudar, —dijo— que sebo no te falta....

—Gracias.... no es para tanto, *niña* Tecla, —repuso la Pérez, no sin encontrar muy singular aquél extemporáneo galanteo que más bien parecía regaño.

—Pero continúa—añadió Sofía arrimando más su asiento a la visita—. ¿Qué cara trae Gustavo? ¿Habla mucho? ¿Come poco? Ríe, en fin cuenta, Conchita, que estoy en ascuas por saber de ese picarón que no me ha escrito ni una vez.

La Pérez no sabía nada de estos amores, y por llevar la corriente:

—Ya te he dicho que viene tan guapo que da gusto....dijo—. Está contento y parece que deseaba mucho volver al país.... Sólo que....

—¿Qué, por Dios?

—Está un poquillo calvo.... y le cuesta hablar un poco.

—¡Calvo! ¡Dios mío!... Le daré la tintura de la Tía Pelona, que es la que usa Tecla.

—¡Sofía, por Dios!—exclamó la interesada lanzando a su hermana un puñado de rayos por los ojos. ¡Tinturas a mí! ¿Pero de dónde has sacado esto, so malcriada?

—Como tiene Ud. cada bolsa de pelo que....

—¿Quieres callarte, Sofía?

Conchita sentía que la risa le iba a estallar en la boca. No estaba en su programa de

aquella tarde el descubrir tan peligrosos secretos familiares.

—Pues sí, hija mía—dijo Conchita, aprovechando la ocasión de cortar aquel incidente—ya verás si es verdad lo que te digo. Creo que piensa ir al baile.

—¿Al baile de Año Nuevo? ¡Soberbio! ¿Para qué más?

Y Sofía comenzó un cómico pataleo tarareando los *fox* de moda y hasta ensayando sus pasos en mitad de la sala, haciendo caso omiso de las furibundas miradas de las solteronas.

—¿Pero tú, Angelita, qué tienes?—dijo cesando de dar saltos y poniendo una mano sobre el hombro de la niña—¿qué te pasa?

—¿A mí? nada. ¿Qué había de pasarme?

—Como pones una cara de santa que da grima....

—¿Porque no canto ni bailo? No tengo motivos para ello.

Sofía y las solteronas acabaron por reirse de Angelita.

—¡Qué rara era la *chita!* A ratos, contenta. Los más, triste.

—Y lo peor es que sin motivos—dijo Tecla—porque ¿qué le falta a la niña para estar contenta? Nada. ¿Qué tal si el día del baile va a tener esa cara?

—Pierdan Uds. cuidado—dijo Angelita un poco turbada—haré la cara que ustedes gusten.

—¡Tiene gracia la niña!—agregó la otra solterona que hasta entonces no había abierto

la boca—se va a *estrenar*, y desde que lo sabe, tiene cara de entierro. ¡Ah mis tiempos! Cuando yo andaba en las mismas!... ¡Todo pasa en la vida!

—Sí que pasa—exclamó Conchita, no sin cierta maligna intención.

La solterona todavía se acordaba del vestido con que por primera vez paseó su figura por el sarao.

—Era muy hermoso: azul pálido con espumosos encajes blancos y ribetes negros en las bocamangas y ruedos.

—Y a no dudar, estaría Ud. cortejadísima—añadió la Pérez—.

—Ya se puede Ud. imaginar. En casa no éramos más que dos: Tecla y yo. Sofía estaba muy niña, y la *chita* no había nacido. Aunque sea feo decirlo, le diré a Ud. que Tecla y yo, pasábamos por bonitas. Y no le daba pena tampoco: tenían cortejantes muchos. ¿verdad Tecla?

Esta, que había seguido cosiendo, no pudo resistir la tentación de hablar de sus tiempos, y arrimó su silla al grupo.

—Es verdad,—dijo. ¿Que si los teníamos? A montones. Ella comprendía que si no estaban casadas era porque no habían querido.

Un repentino rubor cubrió los rostros regordetes de las cuarentonas, que tenían no pocas arrugas, y un inconsecuente vello sobre el labio superior, que casi era bigote.

—Su papá nunca había querido que se casasen. Las quería para la casa, para los quehaceres domésticos, que a la muerte de su esposa fueron muchos.

—¿Pero alguna vez tuvieron novio en serio?

—Sí que tuvimos—dijo Tecla—. Jacinta sobre todo. Era gustadísima.

—¿Y usted *niña* Tecla?

—Oh, por Dios, no me diga usted *niña*, se lo ruego. Me hace Ud. más vieja de lo que soy. Dígame Tecla a solas, Conchita, como de amiga a amiga. ¿Decía? Yo también los tuve, y ocasión hubo en que tenía el velo para casarme, pero no lo permitió Dios.

—Fué cuando el *catalán*?—preguntó ingenuamente Sofía.

—Sí. Cuando el mismo. Cuando me acuerdo, me pongo eriza, ¿no ven?

Y enseñaba a Conchita y a sus hermanas un brazo más bien de hombre que de mujer, grueso y corto, con venas azules y vello hombruno.

—No quiero ni acordarme. Ah sinvergüenza de catalán! Se había comprometido con ella, y pocos días antes de llevarla al altar, había resultado tener una prima que quería mucho. Ella no le había dado importancia al asunto sino cuando recibió una carta del desgraciado avisándole que se largaba para su tierra a recoger una herencia. Y ella casi se había ahogado de cólera, pero no por el hombrecillo, chiquitico, barrigón y con una lengua, Virgen Santa!... para todo mentaba a Dios irrespetuosamente y hacía lo que quería de los Santos!, sino por el engaño, la burla, la mentira de aquel hombre!... Pues había resultado, poco tiempo después, que no sólo ella había echado de menos al catalán. También

lo maldecía en su partida, su primita aquella, a quien parecía querer tanto, y a quien dejó un nada agradable *recuerdo*. ¿Qué infamia más grande, verdad?

—Grande de veras—dijo Conchita sinceramente indignada—qué hombre tan despreciable. Si todos fueran así....

—Si que lo son, Conchita, sí que lo son—interrumpió Jacinta con verdadera energía—. Todos los hombres son unos sinvergüenzas. A mí me pasó algo por el estilo que a Tecla, pero menos *inmoral*. Me pidió en matrimonio un mejicano.

—¿Barragán?—preguntó esta vez también la documentada Sofía.

—Barragán, comerciante. Me pidió en matrimonio, digo, y a la hora de casarme resultó.... ¿qué se imagina Ud. Conchita?

—Algún patán revolucionario.

—Nada de eso, Conchita. Peor.

—Un casado....

—Peor....

—Un asesino....

—¡Un ladrón, hija mía, un ladrón! Eh, qué te parece? ¡Un ladrón pretendiendo casarse con una hija de don Justiniano Acebedo, Juez del Crimen por más de treinta años!...

Conchita y Sofía, y hasta Angelita no pudieron evitar una carcajada. La cara trágica de la ilustre jamona y sus ademanes teatrales y desesperantes, no eran para menos.

—¿Qué te parece, hija mía?—seguía diciendo Jacinta—un escapado de presidio! Se

había fugado de Veracruz, alzándose como con veinte mil dólares. ¡Canalla!

Y la solterona hacía los puños como queriendo machacar con ellos la cabeza del mejicano.

—Y nada fuera esto—agregó—si se hubiera evitado lo peor: ¿dónde te imaginas, Conchita, que lo cogieron preso? ¡En esta casa! ¡En casa! En la casa de todo un Juez! ¡Qué bochorno para la familia! ¡Esto lleno de policía!... El bandido debajo de mi cama. Mi padre dando voces, la gente apiñada en la calle aguardando que le sacasen. ¡Qué horror! ¡Casi nos volvemos locas!

—¡Si hubieras visto nuestros apuros!—agregó Tecla, mientras su hermana se arreglaba el pelo alborotado con los ademanes—Habían tenido que dar informes a los agentes, decir quién era Barragán, cuándo había venido. ¡Cuánto tiempo hacía que *jalaba* con Jacinta! ¡Oh, por Dios, aquello fué horrible!...

—Pero vaya un par de hombres!—exclamó Conchita.

—¡Como lo oís, hija mía, dos canallas!

—¿Y todo eso por qué?—añadió Jacinta ya repuesta de su agitación—por falta de ojo de los padres. Si se fijaran más en los cortejantes de sus hijas!... El padre que permitía un extranjero en su casa sin averiguar quién era... bueno, bueno, mejor no decirlo, pero no hacía bien. Así es que, Conchita, ándate con cuidado y díselo a tu padre.

—¡Tiene gracia! ¿Y yo por qué?

—¿Pues no nos has dicho que estás casándote con un *macho*?

—¿Pero es que he dicho yo semejante cosa?

—Te lo acabamos de oir. Conchita, no lo niegues.

—¡Ay por Dios! Acabarán Uds. por hacérmelo creer!...

—Pues como quiera que sea, es por tu bien. A nosotras, desde que nos pasó *aquello*, se nos abrieron los ojos y vemos sin lentes. Nos hemos impuesto, por amor al prójimo, como quien dice, la tarea de desenmascarar galanes. Conque, no se te olvide.

—Y dale conmigo... ¿Saben quién se casa de veras? Virginia Gutiérrez.

—¡No digan!—exclamó Tecla—¿se casa Virginita?

—Se casa; ¿qué les parece?

—La cosa más extraña del mundo: con ese modo que se gasta la niña, que no dice esta boca es mía y se le cae la baba de puro tonta, creo que debe haberse gastado un capital en candelas a San Antonio....

—¡Tecla, por Dios! — exclamó Angelita vivamente disgustada.

—¿Y quién es el ....agraciado?—preguntó Jacinta.

—Luis Silva, el hijo de don Francisco.

—Ah, lo conozco. ¿Te acuerdas, Tecla? El hijo del diputado *veleta*, aquel que vimos un poco *alegre*.

—¡Ah, ya!—exclamó la interpelada, cayendo en la cuenta—¿el hijo de aquel buen señor que siempre cae *parao*?

—El mismo. Y lo que es peor....—agre-

gó haciendo un ademán harto significativo—como que empina el codo y si no me engaño....

—¡Por María Santísima—exclamó Conchita—no digan Uds. eso! Silva es un muchacho bueno.

—Es muy serio—añadió Angelita con un gesto suplicante y un semblante en que se reflejaba la angustia que sus viperinas hermanas le producían—. Silva es un muchacho serio.

—¡*Pa* su serio!... insistió Tecla—. Si supieran ustedes! Jacinta y yo le hemos visto borracho. ¡Y en un matrimonio! ¿Eso es serio?

—Pero sería una vez y nada más—interrumpió Conchita—. Luis es mi amigo y sé que es todo un caballero!....

—Pues me extraña que tengas esos amigos, Concha,—repuso Tecla—dicen que juega, además.

—Y pasa las noches fuera de casa—añadió la otra solterona.

—Cielo Santo!— exclamó Angelita fuera de sí—¿cómo pueden Uds. decir eso? ¿Acaso les consta?

—Lo primero sí—dijo Tecla—.El bebe. Lo segundo lo hemos oído decir de buena fuente.

—Ah! pero no están seguras de ello. No debían contarlo, por caridad. Al fin es un muchacho. Pobrecillo.... Tal vez se enmiende.

—Es un muchacho.... ¡Buena defensa!... Con esto se disculpa todo. El padre de Virginita no es tan muchacho, y es peor.

—¡Niña Tecla, por Dios!

—Hablo las verdades. Las cosas como son. ¿Qué hemos oído ayer, Jacinta? Cuéntalo tú.

La solterona interpelada se acomodó en su asiento, tosió y escupió como podía hahaberlo hecho un rufián.

—Parece que el tío ese—dijo—no ha tenido inconveniente en cometer la mayor vileza que puede cometer un hombre, y sobre todo un abogado. El muy ladino ha hecho al pobre Joaquín, un viejo reviejo a quien manejaba todos sus negocios y sacaba toda la plata que podía, ya en trance de muerte, venderle por una bicoca casi todas las finquillas. Y hete aquí que el muy bobalicón, engañado por sus palabras, le ha dejado toda su fortuna. Por supuesto que para esta clase de ladrones, no hay ley, porque ya se sabe.... como es abogado....

Tecla soltó una carcajada descomunal, casi como el rebuzno de un burro.

—¡Ahí tienen!— decía, enseñando una doble hilera de dientes postizos y renegridos—. ¿Tenía ella o no razón? Y así por el estilo podía hacer ella una lista de hombres *honrados* en el país.

—Angelita tembló. Temía la enojosa enumeración que prometía hacer su hermana.

—Tecla, ¿para qué hablar de esto?

—¡Silencio tú, chiquilla! ¡No entiendes de estas cosas! Te falta vivir. Todo había que cantarlo claro. Ah! si hubiera sido ella hombre!... No quedaba títere con cabeza!

Jacinta opinaba como su hermana y se relamía de gusto oyéndola vociferar.

—¡Si su padre estuviese joven!—dijo con acento compungido—. ¡Treinta años de Juez, de trabajo honrado, y nadie se lo reconocía! Y sin embargo la caterva de abogados que cada día se hacían más ricos! ¡Claro, como que ninguno, sin excepción, hay honrado!...

Conchita dió un salto en el asiento.

—Ay! ¿pero qué quiere decir Ud. señora Jacinta?

—Lo que Ud. quiera, la cuestión es que no hay abogado que éntre al cielo.

—Es la verdad—añadió Tecla.

Conchita no podía soportar aquel insulto.

—Me está Ud. insultando, señora Jacinta. ¡Mi padre es abogado! Eso no lo puedo permitir yo.

—Angelita estaba que lloraba de pena.

—¡Perdónala! ¡Si ella no quiso ofenderte!

—Es que el mejicano de Jacinta era abogado!—añadió Sofía para remendar la cosa, mirando de reojo a su hermana, que se arreglaba el vestido como si hubiera salido de una lucha tabernaria.

Conchita hacía esfuerzos por sostener el llanto. La ahogaba la cólera. Se puso de pie, juntó sus labores, y sin despedirse de las solteronas cogió el camino de su casa.

De camino, la alcanzó Angelita, toda llorosa.

—Pobrecita —dijo suplicante— perdónala, es muy mal genio!

—Claro que sí, Angelita, la perdono de todo corazón!

Y las dos amigas se separaron con un amistoso beso en las mejillas.

IV

La noche anterior, Gustavo había pasado por su amigo Lytton al Hotel donde se hospedaba, con el objeto de tomar un paseo.

Necesitaba echarle un vistazo a su ciudad natal. ¡Seis años de no verla, y qué cambiada estaba!...

Habían tomado un automóvil, y Gustavo estaba maravillado del cúmulo de novedades que encontraron a su paso, ya en los edificios, ya en el ordon, en el movimiento de las calles, ya en el vestir de damas y caballeros. No sin pena pudo ver confirmadas las palabras que sobre el mal del lujo oyera al padre Guevara.

Gustavo suspiraba y sentíase feliz de estar lejos de aquella isla populosa y oscura, de aquel Londres magnífico y soberbio, pero frío e indiferente para el visitante latino. Londres, la mayor ciudad del mundo, la más rica a la vez que la más miserable, había sido testigo impávido de su interminable vida de estudiante de lejanas tierras, vida sencilla y bonita, pero ingrata y cruel en ciertos aspectos. ¡Cuántas veces no había llorado como un neurasténico en la estrecha alcoba de la pensión en que vivía! ¡Cuántas tuvo que la-

mentar la ausencia de la Patria!... Porque si es verdad que en aquel mundo nuevo para él había tenido mucho de qué reir, esto no fué tanto que compensara lo que había tenido que llorar. Y no de hambre ni de frío. Vivía cómodamente. ¡Había llorado penas del alma!... Y por eso ahora, al verse de nuevo en la tierra de sus padres, donde tenía sus amigos, en su ciudad, donde no había nieblas ni humos asfixiantes de fábrica, sentía el alma nueva, fresca, acabada de nacer. No quería hablar de viajes: con sólo oir la palabra se estremecía. Quería vivir aquí, nada más que aquí. Y al ver sus deseos cumplidos, sentía un júbilo indescriptible. Pero algo superior a su voluntad lo rompía de pronto, inexorable, y entonces su repentino gozo desaparecía como los pétalos de una rosa esparcidos por la fuerza del chubasco. Algo triste se interponía entre él y su felicidad. Una idea tenaz y aniquilante, un recuerdo del pasado. Su cara risueña tornábase de súbito triste, y hasta una lágrima tibia y comprimida rodaba por sus mejillas.

—Sí. Tenía razón su madre. Ya él no era el Gustavo de antes. Lo comprendía y lo confesaba a su amigo, que convencido de la verdad de aquello, asentía con la cabeza. No podía ser el mismo: ¿cómo serlo, si el dolor había amargado su existencia durante tanto tiempo?

Samuel Lytton, acurrucado en el asiento, guardaba silencio.

—Yo llegué a Londres como un niño,

como un ciego, como un incapaz de sentir ni de ver nada. Con la rapidez de la separación y aquella rigidez de mi padre que todavía en la Estación, al despedirme, me dijo: "A ver si estudias, Gustavo!", como si mi partida fuera la del chiquillo que de su casa va a la Escuela de la esquina, la prontitud con que se alistó todo, la soledad con que me encontré en el enorme transatlántico, todo junto, como que me encalleció el corazón y me cerró los sentidos. Después, mi llegada a la gran ciudad, no pudo ser más triste: ¿te acuerdas Lytton, de Mr. Smith? Pues él mismo estaba en el muelle esperándome. Había recibido carta de mi padre y me aguardaba para llevarme a su casa, a aquella casa, Samuel, de donde proviene mi desgracia. ¿Cómo haré para olvidar la insolente agresividad para conmigo de la señora Smith y de su hija? ¿Cómo las ridículas pretensiones de esta última y su enamoramiento de gata, que fué mi más grande tortura?

Samuel sonrió al recordar aquello.

—Era verdad. Un amor como el de la hija de los señores Smith, era para torturar a cualquiera. Le parecía estarla viendo, con su gran estatura, su pecho enjuto y su cara de vinagre que daba grima. Miss Fanny, apenas de veinte años, ya parecía uno de esos árboles escuetos que rendidos de dar fruto, son el juguete del viento. ¡Cómo tuvo que reirse cuando Gustavo, con la cara más compungida del mundo, le participó el enamoramiento de la inglesa!....

—Después, Lytton, vino mi verdadero calvario. Me llevaste a tu casa, a tu nobilísima casa, y allí conocí a Isabel. A mi Isabel. ¡Oh dolor! ¿Quién iba a decir que la fuera a querer tanto?

El inglés lo recordaba punto por punto.

En la Universidad no había tenido mejor amigo que Gustavo. Cuando le conoció, desde el primer momento simpatizó con él. Gustavo, a la sazón, era un latino atormentado. Cuando había llegado a Londres, por el tren de Bristol, el pobre no había logrado distraer su espíritu abatido con las afamadas bellezas de la septentrional ciudad. Su alma latina, llena de la amplitud vivaz e inquieta de los trópicos, se había encontrado allí como estrujada, como cohibida para extender sus alas. Al hablar con él por primera vez lo encontró en tal estado de ánimo, que el pobre en el colmo de su melancolía, había sentido que toda aquella baraunda de casas y de gentes, de parques y avenidas, de vehículos y humarascas de la gran ciudad, descansaban sobre su pecho, impidiéndole respirar. Además, la vida que llevaba en su casa, no era para menos. De ahí que él al intimar con Gustavo, hubiera procurado llevarlo todo el tiempo posible a su casa, logrando distraerlo y sobre todo haciéndole gustar los *sports* ingleses e inocentes juegos de Universidad. ¡Cómo había batallado para que Gustavo le encontrase alguna gracia al *beaver* y al peligroso *rugby!* Todo lo encontraba soso y brutal.

¿Después? ¡La tragedia!... Una trage-

dia que al inglés había parecido la cosa más natural del mundo: Gustavo había encontrado en aquella casa de Golders Green, una mujer, una italiana, Isabel, una descendiente directa de una noble familia romana. Estaba allí, porque su familia, caída en desgracia, se había repartido por el mundo; había llegado con una recomendación importante, y los señores Lytton la habían encomendado la educación de su pequeña. Cuando Isabel y Gustavo se vieron, sintieron una recíproca simpatía, que al fin y a la postre se convirtió en ardentísimo, enloquecedor amor.

Isabel era bella, como una Virgen de Rafael. Llevaba además aquella sangre de las antiguas romanas. Tenía apenas diecinueve años. Para Gustavo, la peregrina belleza de aquella mujer, más bien su hermosa alma que se traslucía en el más insignificante de sus movimientos, fué desde entonces el único objeto de su vida.

Las bodas se habían celebrado secretamente.

Los señores Lytton comprendiendo cuán inevitable era la consagración de amor de aquellas dos almas, nada dijeron guardando un secreto, que en manos de los Smith podría traer serios disgustos.

De aquella amalgama de espíritus, de aquella comunión de amor, había quedado como doloroso fruto, un hijo, un ángel hermoso, constante memorador de aquellos días de felicidad amargados después por el acíbar de la muerte.

Porque Isabel había partido a mejor mundo, al dar a éste su preciado fruto.

¿Después, qué había sido de él y de su hijo?

Doctorado en medicina, quiso volver a su Patria. Para ello, los amables señores Lytton se ofrecieron a guardar el pequeño. Esto era todo. ¿Por qué afligirse tanto si todo tenía remedio?

Llevaban hora y media de paseo. Habían recorrido casi toda la ciudad.

Lytton la encontraba activa, no tan muerta como se la imaginaba.

Por donde quiera encontraban gente que se les quedaba mirando.

—Tal vez,—pensaba Samuel—son conocidos de Gustavo.

Este se había quitado el sombrero varias veces para saludar a una que otra persona que forzaba por reconocerlo.

—Cosa rara—dijo a su amigo—créeme que no conozco a nadie.

A veces parecía que un rostro, una cara, le traía un recuerdo, pero nada, su memoria le era infiel.

Pero al doblar una esquina, sintió que le daba un vuelco el corazón. Contemplando un escaparate de una tienda, y acompañada de una mujer de más edad, una muchacha, elegantemente vestida y de hermoso cuerpo, le trajo un recuerdo rápido, que le hizo creerse preso de una alucinación.

—¡Isabel!— exclamó, agarrándose de la barandilla del auto con desesperación— es

Isabel!—repitió sin apartar la vista de la ventana—y cayó como desmayado en su asiento.

El auto dobló la esquina, y aquella extraña visión desapareció de sus ojos.

V

Después de dejar a su amigo en el Hotel, Gustavo se vino a acostar.

Al día siguiente, se levantó tarde.

Su padre había salido a caballo una hora antes para el campo.

Su madre lo esperaba para darle el desayuno, junto con Dolores.

Cuando lo hubo tomado, doña María pretextando qué hacer, se levantó de la mesa, no sin dar antes un beso a su hijo.

Los dos hermanos quedaron solos. Cogidos del talle con el mayor cariño, salieron al jardín.

El aire se respiraba puro en aquella hermosa mañanita de verano.

La casa de habitación de los Andrade era de las más bonitas y cómodas de la capital. Construída al regreso de los viajes a Europa de los señores, había sido hecha con la elegancia de un chalet francés, y las comodidades de las viviendas del país. El buen gusto y el confort, tenían su asiento allí.

Sentados al extremo de una callejuela enarenada, de las muchas que cruzaban el jardín en todas direcciones, Dolores y Gustavo,

a la sombra de una perfumada glorieta, conversaban amablemente.

¡Qué hermosa estaba Dolores aquella mañanita de verano!... Vestida de vaporosa tela blanca, con su hermoso pelo rubio suelto, y olorosa toda a flores!...

Sobre el césped había un libro, y no lejos de él un montón de trapos e hilos de variados colores. Eran su libro favorito y las labores que había dejado olvidados allí.

Gustavo contaba a su hermana su vida de la Universidad, que la niña oía con una curiosidad casi infantil.

—Guy's Hospital le había parecido hermoso, de sobria arquitectura, severo, con su rígida fachada gris, sus espaciosos corredores semejantes a claustros monasteriales, sus amplios salones de disección, los enormes y complicados laboratorios, y sus patios embaldosados y desiertos.

La primera conferencia había tenido para él el encanto de lo inesperado. ¡Qué iba a imaginarse que las lecciones fueran aquellas reuniones populosas y casi teatrales del salón semicircular, lleno de graderías semejantes a las de un Circo Romano!... ¡Cómo le llamó la atención la solicitud exagerada y un poco vanidosa con que los *demonstrators*—jóvenes profesores recién graduados—explicaban después las lecciones escuchadas el día anterior!

A la primera impresión de lo nuevo, había sucedido en su ánimo la profunda tristeza de la soledad. Allí, enmedio de aquella muche-

dumbre cosmopolita de estudiantes, en su propia sección que era de ochenta alumnos, acabó por sentirse completamente solo. Pero tiempo después había conocido a Lytton, y su desesperante mal de patria se había mermado.

—Lytton, hermana mía, es el tipo de la lealtad inglesa.

En su sección, donde había rusos, alemanes franceses, españoles, japoneses y hasta hindús, Gustavo era el único *spanish* [1]. Lytton le había encargado de iniciarlo en los juegos estudiantiles que el hispanoamericano no comprendía.

—No puedes imaginarte, hermana mía, la simplicidad con que se divierten los estudiantes ingleses. Todos sus divertimientos son ingenuos, de una sencillez infantil, tal como ellos, que son verdaderos hombres-niños. Entre los estudiantes, todo es motivo de hilaridad. El hecho más insignificante, la ocurrencia más sosa para cualquiera, para ellos es causa de ruidosas carcajadas y prolongadas celebraciones. ¿Si no, cómo explicarse su pasión por el *beaver* el juego de las barbas de colores? No puedes imaginar nada más sencillo: dos grupos de estudiantes se sitúan en dos boca-calles cercanas de la Universidad, y se dedican a llevar un cómputo de los hombres con barba que pasen por allí. Cada especie diferente de barba tiene un valor numérico

(1) Nombre con que los ingleses y norteamericanos designan a todos los españoles e ibero-americanos, sin distinción.

distinto, atendiendo a su forma y color, y por supuesto, el juego consiste en contar las más barbas posibles, ganando el que obtenga mayor número. ¿Puede haber nada más simple?

A Dolores hizo mucha gracia la relación de su hermano.

—¡Oh Gustavo!—dijo—¿cómo es que no te hizo gracia esa ocurrencia?

—En un principio, como ya te he dicho, no encontraba nada risueño, porque el descontento que todo me producía, lo llevaba en mi interior. Pero, cuando me encontré con Samuel, comprendí mejor éste y otros muchos entretenimientos universitarios.

Gustavo guardó silencio y se puso imaginativo.

Dolores, después de corta deliberación interna, dijo:

—Pero Gustavo, apuesto a que te callas lo principal. ¿Dime: allá en Londres, en reuniones y *soirees*, donde tuviste oportunidad de conocer a tanta muchacha bonita e inteligente, no tuviste acaso una novia?

La pregunta, así tan natural como parecía, produjo a Gustavo, que estaba abstraído, el dolor que produce la evocación de un recuerdo triste.

La expresión de su rostro, antes placentero, se tornó compungida.

Su hermana pareció no notar aquella transformación.

—¿Novia yo?—dijo como hablando consigo mismo—. No. No la he tenido.... ¿Por qué me preguntas eso, hermana mía?

—¿Por qué ha de ser, hijo? Porque hay que buscarte una.

Gustavo tuvo que reir.

—Has pensado tarde en eso, hermana, —agregó—. Figúrate que apenas hará una semana que llegamos, y ya todo el mundo nos tiene casados a mi amigo Lytton y a mí. Esto me hace muchísima gracia. Apenas me presentan una muchacha, y ya es mi novia. Si no, mira: ¿no dicen por ahí que yo cortejo a Felicia Amador, a Paca Ramos y a Maruca Santos? Lo peor de todo es que la pobre Flora Arnaldo ha tomado la cosa en serio: ¿no ves cómo me asedia la niña con sus electrizantes miradas? En cuanto a Samuel, ¿quién no lo casa con Conchita Pérez?

—Estos sí puedo asegurar que se quieren. En cuanto a tí, no puedo decir nada: eres la reserva y la discreción andando, hermano. ¡Cualquiera averigua quién te gusta!.. Pero lo que yo te iba a decir sí es en serio: te tengo buscada una novia, Gustavo.

—¿Una novia a mí? ¿Mejor dicho, otra? Lo celebro.

—Ya te he dicho que esto va de verdad. Quiero que conozcas a Angelita Acebedo. Es muy buena, muy hermosa, y sobre todo, mi mejor amiga.

—Enhorabuena.

—La verás en el baile que dará Conchita para celebrar su cumpleaños.

—Magnífico.

Como ya el sol les daba en la cara en el lugar en que estaban sentados, Gustavo y su

hermana continuaron su paseo por el jardín, buscando la sombra. Los lomillos de verde césped, los rosales brotados, las azucenas olorosas y los jazmines, perfumaban el ambiente con delicia. El estanque de los patos, con su constante cloquear, y el corral de las gallinas junto a él, daban a la rusticidad de aquel jardín una animación campestre.

Al pasar junto al estanque, Dolores recordó las travesuras de su hermano cuando era niño.

¿Te acuerdas, Gustavo, lo malico que eras y las hazañas de que fué testigo este estanque?

—¿Te referirás acaso a aquel baño involuntario que tuve la delicadeza de darte en cierta ocasión en que reñíamos?

—Al mismo. ¡Y lo que hacías sufrir a mamá y al padre Guevara con tus atolondramientos de chiquillo! En este jardín parecías un pequeño salvaje gozando de la libertad de las selvas. Pero lo que más recuerdo son tus hechos militares. ¿Quién olvidará jamás las victorias del *Invencible*?

Gustavo escuchaba a su hermana embelesado. El recuerdo de la infancia penetraba en su alma dulcemente, como un bálsamo regenerador.

—¡Tus batallas, Gustavo, tus batallas, que yo observaba con el interés con que leía en mis libros las hazañas de Alejandro y las conquistas de Napoleón!... En vísperas de guerra, esta casa se llenaba de una chiquillería mugrienta e insolente: venían a que su capitán los armara, es decir, a que les diera cuanta

escoba en uso e instrumento contundente hubiera en toda la casa. Tu vida guerrera no gustaba para nada a mamá. Así es que para ponerte remedio, encargó al padre Guevara que te preparase para la Primera Comunión. Fué día de gran fiesta en casa. A ella convidaron a todos tus amiguitos *bien vestidos*, como decía mamá. ¡Pero oh loable fidelidad! tu ejército no te había abandonado. Por encima de la verja del jardín, sucio y polvoriento, un mar de chiquillos miraba con ojos ávidos las golosinas que a diestra y siniestra repartía su inconstante jefe. En sus corazoncitos debió entrar un desmayo igual al que sintieron los franceses de Rolando después de la derrota de Roncesvalles. Pero cuando tú los viste, el ánimo entró de nuevo en sus pechos, y estoy segura de que todos esperaron lo que hiciste: te abriste campo por entre la multitud de convidados, y atropellando aquí y allá amiguitas de lujoso traje, llevaste a los mirones un enorme azafate de dulces y pastas que bien pronto quedó vacío y te atrajo la simpatía del ejército a tal punto, que los gritos de *¡Viva el Invencible!*, *¡Viva el Capitán del Barrio de Amón!* y otros no menos entusiastas, hicieron a mamá impacientarse y mandar un criado a retirarlos.

—Esto no obstante, Dolores—dijo Gustavo admirando la memoria y el buen humor de su hermana—me parece que las guerras continuaron.

—¿Que si continuaron? Claro que sí. ¿Y la batalla del Torres? La recordaba como si

fuera ahora: el barrio de la Soledad al mando de Miguelito Alpízar, *el cuitas*, como le llamaban sus contrarios, y el barrio de Amón que comandaba el *Invencible*, se habían dado bélica cita a orillas del Río Torres, ya glorificado entonces por haber sido teatro de anteriores y no menos famosas batallas. Ella había llegado de primera al campo, huyendo de la vigilancia de la niñera, para contemplar a su sabor el encuentro. La hora había llegado. Los ejércitos toparon en tremendo choque. Una granizada de piedras y palos llovía de ambos lados como un huracán destructor. Los gritos de entusiasmo y los hurras formaban un bullicio ensordecedor. La acción se había prolongado diez minutos, y no más: la policía de la ciudad, viendo que su paz no era universal, había tomado cartas en el asunto, de una manera inesperada. Los contrincantes salieron desparramados, llorando unos, dando gritos lastimeros otros, como debieron huir los moros al ver sobre el campo de batalla, a Santiago, jinete en soberbio corcel, esgrimiendo su refulgente espada. En unos segundos el campo de lucha había quedado libre. Singular final el de una tan memorable batalla!...

Gustavo reía a más no poder.

—Y lo que es peor—dijo—por entonces mamá se cercioró de que el mote de *Invencible* no le calzaba muy bien a su hijo!...

—En efecto. Llevabas la cabeza manando sangre por todas partes, y el vestido hecho jirones. Te metieron en la cama en castigo, y te prohibieron ir al Teatro en un mes.

—Así fué. Y después, el padre Guevara aconsejó a mamá que me pusieran en el Seminario.

—Y así acabó tu carrera militar.

—Así acabó. ¿Pudo haber algo más efímero? No sabes, hermana mía, el placer que me das trayendo a mi memoria esos recuerdos. Con esa exactitud con que refieres todo, me ha parecido por un momento que he vuelto a ser chiquillo y a vivir esos años felices que pasaron para siempre. Sí, hermana mía, cuando fuí grande, nunca volví a tener esas expansiones del estudiante joven de mi tierra. La nostalgia de mis primeros años, fué mi constante compañera.

Dolores escuchó estas palabras mirando al suelo. Un suspiro se escapó de su pecho.

—Bien dices, Gustavo—dijo con un acento lastimero que no le sentaba para nada—¡cuánto diéramos por seguir siendo niños toda la vida!

Al escuchar estas palabras, Gustavo no pudo dejar de sonreir.

—Tiene gracia, —dijo— cualquiera diría que tú, una chiquilla todavía, bonita (porque eres bonita) buena y hermosa como ninguna y a quien el Cielo protege porque lo merece, viniera ahora con lamentaciones y nostalgias que no siente!...

—¡Quién sabe, Gustavo, quién sabe!

—Eso no es verdad. ¿Sufrir tú? No puede ser cierto. A tu edad nadie puede ni debe sufrir. Tienes todavía ese bálsamo que cura todos los dolores, tu imaginación fresca,

de niña, que te hará ver todo color de rosa. ¿Así, qué puede hacerte sufrir, hermana, que no tenga rápido remedio?

—Ah, Gustavo, y pensar que ese remedio lo tienes tú!...

—Enhorabuena. Está a tu disposición. A ver, cuenta....

—Gustavo, yo tengo un amigo.... ¿cómo te diré?...

—Un novio.

—Sí, un novio....

—Ah! picarona. ¿Cómo no me lo habías escrito? ¡Oh Amor, Amor!, ¿cuándo dejarás de estorbar la vida de los hombres? Bueno, y ese novio....

—Ese novio, Gustavo, no es como todos los hombres. Pepe Frías es un poeta....

—Me lo imaginaba. Con tu manera de ser, sólo podía gustarte un poeta. Por lo demás, Psiquis y el Amor, muy amenudo fueron juntos....

—Pues sí. Por más que me he esforzado en encontrarlo como aquí me lo pintan,—soso, ridículo y pedante—no lo he podido. Sus palabras tienen un no sé qué de extraño, de sutil y de galante, que da gusto. Pepe habla tan bien....

—Con decir que es poeta, está todo. Bien sabido es que la elocuencia del Amor es única.

—Pepe Frías es pobre....

—No es esto nuevo. Nunca fué holgura compañera de poetas....

—Pero tiene una dedicación por el trabajo, que le singulariza entre sus compañe-

ros de divagaciones. Gustavo, estoy segura de que me ama sinceramente, tanto como yo a él. Me ha escrito bellísimos versos. Suyo es este libro que tengo en las manos.

—*Dolores*; ¿y lo ha hecho para tí?

—Para mí. Léelo, es muy hermoso.

—¿Y tu pena estriba?

—En esta casa, hermano, todo el mundo es enemigo de la poesía, y por consiguiente, de los poetas. ¿Has visto cosa igual? Los libros que de versos tengo, los guardo con llave como si fueran *prohibidos*. Luego, ponte a pensar un momento cómo se las compondrá Dolores para quererle.

—¿Y mi misión será?

—Ayudarme, Gustavo, a convencer a mis padres de que Frías es el hombre que me conviene.

—¡Ah mosquita muerta! ¡Y te saliste con la tuya! ¿Con que ya piensa la niñita en casamientos? Bueno, veremos si el chico la merece. Y si es así, enhorabuena, y que se casen.

Dolores saltó de su asiento y abrazando graciosamente a su hermano, le dió repetidos besos de contento en la frente.

—¡Oh, hermano mío, y qué bueno eres!...

—Haré como Cristo—dijo para sí y casi sin darse cuenta del júbilo de su hermana—devolveré bien por mal. Si no pude ser feliz, haré que lo sean otros.

Y cogidos siempre del talle, los dos hermanos continuaron su paseo.

VI

Don Jacinto Pérez *el abogado de más clientela del país*, como decía don Antonio, era rico, y de muy buena familia. Había quedado viudo cuando su mujer le dió una hija por quien sintió toda su vida el cariño más extremado. Su Conchita era su todo.

Cuando ésta había cumplido quince años, hermosos y juguetones, don Jacinto la había dicho: "Conchita, ya eres mujer. De hoy en adelante eres la señora de esta casa y debes cuidar de ella, como tuya que es", y sin más ni más, el abogado puso en manos de la niña que había concluído todos sus estudios en el Colegio de Sion, las llaves de la casa.

Desde entonces, el señor Pérez había descargado toda su vigilancia en la hija, sintiéndose aliviado y dando gracias al Cielo por el don que le había hecho al dársela.

Pero como en este valle de lágrimas, la felicidad completa es una quimera, el buen señor tenía entre otras cosas, una preocupación que no le dejaba punto de reposo: su Conchita muy pronto sería casadera y él cada vez se hacía más viejo. ¿Cómo hacer para morir tranquilo dejándola cuidada? ¿Parientes? Tenía dos solamente: dos tías, que por

ciertas razones, era, como quien dice, no tener ninguno. ¿Luego, qué hacer?

Los años habían pasado, y el señor Pérez siempre con su preocupación, hasta que un día se atrevió a hablar claro a su hija:

—Sí, era inevitable. Tendría que casarse. Tenía diecinueve años, y a esa edad, todas las muchachas se casan. Tendría que frecuentar la sociedad, ir a bailes y reuniones, tener amigos, y entre ellos, escoger el más digno por esposo. Por lo pronto, cada cumpleaños, le haría una fiesta rumbosa, en donde tendría ocasión de trabar muchas amistades.

Por demás está decir que a Conchita agradó sobremanera la decisión de su padre, —como que no hay joven en el mundo a quien no guste divertirse,—y así comenzó lo que se puede llamar, su entrada en la sociedad.

Los cortejantes la abrumaban. Admiraban en ella su hermosura, su talento y aun es de creerse que su dinero. Esto último ella lo comprendía y le daba ocasión de burlarse de no pocos galanes.

Como su padre la había prometido, todos los años, para el día de su cumpleaños, la hacía una fiesta. Y para aquel, don Jacinto estaba más preocupado que nunca: personas serias le habían dicho que su hija estaba *en grandes* con un inglés, amigo de Gustavo. ¿Qué hacer? ¿Cómo averiguar si el extranjero en cuestión convenía a su hija? Nada como interrogar al propio hijo de don Antonio. Y así vemos como el día de la fiesta se prometió hablarle.

La familia Andrade había sido invitada a la fiesta.

Y Samuel Lytton también.

Al llegar, de últimos, la propia festejada salió a recibirlos.

—¡Caramba! Creí que no venían....

—Antes la muerte que eso, Conchita—dijo Gustavo, dándole la mano—. ¿Como faltar, si no pensaban en otra cosa?

—¿Y Ud. qué me dice, amigo Samuel?

—Lo mismo, Conchita, antes la muerte....

—¿Deveras? ¿No sería pura imitación?

Y les quitó rápidamente los sombreros de las manos, los guantes y los bastones, llevándolos adentro con una presteza ratonil.

—Conchita, Ud. nos presentará....—dijo Gustavo—no conocemos a nadie....

—Descuiden, descuiden. Usted Gustavo, ya conoce bastantes: vea allá: Mariquita Santos, Felicia Amador, Paca Ramos, Flora Arnaldo, Gustavo, Flora Arnaldo,—y recalcaba el nombre con malicia,—le parecen pocas?

Y en cuanto a Ud. Lytton, conoce usted a Dolores, a aquella señorita, a la otra, y dígame: ¿le interesa a Ud. conocer muchas?

—¡Oh, por Dios!—exclamó Samuel—no diga Ud. eso Conchita... Conociéndola a usted....

La Pérez agradeció el requiebro con una encantadora mirada.

Gustavo, muy discretamente los dejó solos para reunirse con un grupo de antiguos amigos que fumaban en el fondo de la sala.

Esta era espaciosa, magníficamente amue-

blada y adornada de flores. Las sillas colocadas al rededor, dejaban libre el centro, debidamente arreglado para el baile.

Al llegar, los amigos recibieron efusivamente a Gustavo. Uno de ellos se adelantó hacia él y le dijo a boca de jarro:

—¿Pero es cierto, Andrade, que te casas con la Arnaldo?

Gustavo no se alteró para nada. Parecía hecho a esta clase de preguntas.

—¿También tú, Pepe? Contigo van veinte que me preguntan lo mismo.

—Chico, perdona....

—¡Bah! ¡Hombre!... Pero si es que estoy para volverme loco. Hace una semana que llegué, y ya me han casado con cinco. ¿Reparas?, ¡con cinco!...

—¡Pero si es que me lo han asegurado!

—¡Bah! ¿Qué voy a casarme? ¡Hombre, por Dios! ¿Me lo dices en serio?

—Como lo oyes!

—Pues estás equivocadísimo. No pienso en ello ni remotamente.

—¿Será que alguna *machita*....

El corro soltó estrepitosas carcajadas.

Gustavo frunció el ceño, pero se dominó rápidamente. "Mala pécora,—pensó para sí—¿por qué me vienes a recordar lo que me he esforzado en vano en olvidar? ¿Está escrito que no he de tener sosiego?"

—Descuida por esa parte—repuso con la mayor naturalidad del mundo—no hay nada de eso.

En un rincón de la sala, una hermosa muchacha de pelo rubio y elegantemente vestida, conversaba con un joven como de veinticinco años, sencillamente vestido pero con la mayor pulcritud. Sus amorosas miradas envolvían a la joven con arrobamiento. Su aspecto era gallardo y su rostro inteligente. Su pelo un poco largo para la usanza de esta época, así como su corbata negra, de crespón, cayendo sobre su pechera blanca y engomada, le daban un aspecto romántico a lo siglo pasado.

No habrá que decir que la pareja era la gentil Dolores y su poeta.

Pepito Frías era de buena familia. Sólo que la muerte de su padre y las sucesivas desventuras que llovieron sobre su casa, la sumieron en la mayor pobreza, y como quien dice, la habían hecho venir a menos. Pero entre sus amigos, el romántico doncel era apreciadísimo y pasaba por el más instruído e inteligente. Sus versos eran leídos de todas las muchachas y aun de las señoras, y nadie los encontraba mal. Sólo que algunas envidias y rencores que nunca faltan para las personas de talento, le habían hecho aparecer como pedante y hasta ridículo. Pero nada más falso que eso: Frías, consciente de su valer, pero nunca satisfecho de sí mismo, era el hombre más modesto del mundo. Que le hablaran de todo, menos de sus versos. No obstante, había una persona a quien hablaba largamente de ellos, los leía, y hasta pedía opinión. Y ésta era Dolores, su novia, quien aficionada

a los clásicos del Siglo de Oro y constante lectora, tenía un gusto literario y un conocimiento de estos asuntos, que no dejaba lugar a duda sobre lo justo y acertado de sus fallos. Cuántas veces Pepe Frías dejó de publicar unos versos porque Dolores le dijo con la mayor dulzura del mundo:

—Guarda eso, amigo Frías. Tú puedes hacer algo mejor.

¡Y cuántas veces también, había tenido que agradecer estas advertencias!

Por demás está decir que la Musa inspiradora de Pepe Frías era Dolores, y que ya faltaban al enamorado poeta, estrofas para cantar su belleza, sus virtudes, su talento y sus dotes musicales. Hasta un libro la había dedicado el que, según valiosas opiniones, nada tenía que envidiar al mejor de ellos publicado en el país. En fin, el acuerdo entre ambos era tan armonioso, eran tan hechos el uno para el otro, que nadie dudó jamás que se amaran de verdad. Siendo así las cosas, era muy de lamentar la acerva oposición que en la casa de la niña hacían al pretendiente. Don Antonio, desde que supo el *jaleo* de la hija, la habló muy seriamente, diciéndole que "jamás la dejaría casarse con un literato pelagatos" ni mucho menos, y doña María lo mismo, dando iguales o parecidas razones. Lo cierto es que la niña sufría y no se encontraba manera de darle sosiego. Se veían a menudo, y Pepe, muy caballerosamente y haciendo un gran sacrificio, la dijo cierta vez, con dolor del alma, que si tan amarga vida

le traía dentro de su casa, su amor, sería lo más conveniente acabar con él, y ver de olvidarse mutuamente aun a costa de sus vidas, con tal de obedecer a sus padres.

Semejante razgo sabido que fué de la madre, y más tarde del padre, suavizó un poco sus miradas severas para con el joven, y si es doña María, confidenta de su hija, no sería muy arriezgado decir que desde aquel día le fué simpático. De don Antonio no se podría decir nada, ya que cuando de esto se hablaba, guardaba silencio y se le salía la impaciencia por los ojos. Así pues, en esta situación estaban los jóvenes enamorados, cuando Dolores confió su sagrada misión a Gustavo.

Este, que andaba dando vueltas por el salón y había reparado en Frías, lo saludó cordialmente al presentárselo Dolores, y cuando se hubo separado de ellos, se confesó a sí mismo, que el tal Frías le era simpático.

Atravesaba la sala hurtando el cuerpo de las parejas que ya bailaban, cuando sintió que alguien le tocaba el hombro y le decía:

—¡Doctor! ¡Doctor! ¿No baila Ud.?

Era Flora Arnaldo.

—"Mala me las tengo—pensó Gustavo —tenemos solterona para rato."

—No tengo con quién, señorita—repuso con la cara más placentera del mundo—si usted fuera tan amable....

—Ya lo creo, Andrade.

Y Gustavo la ofreció el brazo para confundirse luego entre los danzantes.

En el jardín, Samuel Lytton y Conchita conversaban de lo lindo.

El inglés parecía feliz, tal era la cara de contento que había puesto cuando, al salir del asfixiante ambiente del salón, se encontró a solas con la hija de don Jacinto. Sentados a la sombra sobre el césped, llegaba a ellos solamente el eco lejano de la música.

—Oiga usted—había dicho la niña—¡qué hermoso *fox!* ¿Sabe usted cómo se llama? "Nido de Amor."

—¡Oh, qué lindo nombre! No lo conocía. I o que sé, Conchita, es que yo estoy sintiendo por usted, ¿cómo le diré?... ¿una cosa especialísima, sabe usted?

—¿Sí? ¿Qué podrá ser, Dios mío?...

Y la inquieta Conchita reía con una risa encantadora y argentina.

—¿Pero no se lo imagina usted?...

—Lytton, Lytton, cuidado con la cuenta...

Y la tequiosísima niña le ponía la mano en la boca con la mayor gracia del mundo, como impidiéndole que dijera una palabra más.

—No quería ella oir semejantes cosas....

Pero el inglés, encantado, tornaba a hacer preguntas de esa naturaleza, que ponían a Conchita roja como la grana, haciéndola romper en sonoras risotadas.

Mientras tanto, Gustavo bailaba un cadencioso *fox*. Había visto a su madre entre la muchedumbre, y temía hacerla sufrir con su extraño desgano. Bailaba con soltura y elegancia, y muchos de los espectadores seguían sus pasos con la mirada.

Doña María, sentada entre pollitas, esta-

ba escandalizada del adelanto hacia lo inmoral que habían sufrido los bailes. ¡Jesús y qué bailes!... ¿Como iban a compararse los *fox*, a los rigodones elegantes, las inocentes cuadrillas y los demás bailes de su tiempo?... Parecíale que su presencia en aquel baile era hasta cierto punto una aprobación a todas aquellas insolencias. En ocasiones, cuando pasaba cerca de ella, rozándole sus amplias enaguas, una pareja de danzantes, ceñidos, estrujados hasta donde no más y casi pegadas las mejillas, la buena señora se extremecía de cólera y lanzaba a la mujer una despreciativa mirada. De ahí que al terminarse cada retumbante *fox* o acompasado *one*, respiraba con más libertad, como a la salida del mercado en viernes de compra, desahogando su indignación con una señora que a su lado estaba y que a todas sus palabras encontraba muy fundadas razones. Ambas estaban de acuerdo de que todo aquello necesitaba *confesionario* y religión cristiana.

Don Antonio, que conversaba con el abogado Pérez en un pasillo desde donde se contemplaba el salón, pensaba de muy distinta manera que su mujer del divino arte de Terpsícore.

Y esta disparidad de opiniones conyugales sobre el mismo punto, era total:

¡Con cuánto gusto no hubiera dado él el bracete a uno de aquellos ángeles con faldas y se hubiera dejado llevar por las cadencias

del vals!... ¡Cuánto envidiaba a los que podían bailar el fox!... ¡Qué admirables pasos, qué estrechez, qué graciosas posiciones las de los bailes modernos!...

VII

Gustavo había bailado no pocas piezas, y cuando a instancias de su pareja, la esbelta Arnaldo, se sentó con ella en una cómoda butaca del corredor, no pudo reprimir un suspiro de satisfacción. Se sentía realmente cansado. El, que rara vez bailaba, lo había hecho esta vez en grande escala, y lo que es peor, de mala gana, casi a la fuerza. Y es porque su pareja no le ofrecía atractivo alguno. La había conocido con la misma glacial indiferencia con que había conocido a todas las señoritas presentadas anteriormente. ¿Qué iba él a pensar en el amor, cuando tan duramente le había tratado siempre? ¿Cómo pensar en amar a nadie después de haber amado como había? Sólo una mujer era capaz de obrar el milagro: aquella aparición súbita que tuvo en la calle y que le hizo creer que soñaba.

—¿Cómo es posible, — pensaba, — que pueda haber mujer ninguna tan parecida a mi pobre Isabel? La había buscado, había inquirido, pero nadie le sabía dar razón de ella. ¿Si habría sido solamente una ilusión y aquella querida imagen, rápida y fugitiva, no tendría nada de real? No. No era posible. Aque-

lla mujer existía. Si no, ¿cómo explicarse que Samuel también la viera? Habría que esperar, que aguardar con esperanza. Aquella rápida visión vivía....

Gustavo, decíamos, había bailado casi a la fuerza. La Arnaldo, aunque mujer bonita y elegante, no había logrado distraerle. Ya se comprende la sonrisa que aparecería en sus labios cuando oyó que lo casaban con ella. A todas había parecido Gustado un *tipo extraño* y hasta neurasténico. Todos lo encontraban demasiado parco en las palabras y melancólico, y de ahí que hasta la misma Arnaldo le hubiese llamado en su interior *mudenco* y se hubiese propuesto a sacarle las palabras con cuchara, so pena de perder todo lo andado en sus desesperados intentos.

Porque para Flora Arnaldo que, como dejamos dicho, era en realidad mujer hermosa pero un "poco pasada de punto" esto es, perteneciente ya a ese grupo de mujeres que se encuentran en la dolorosa transición de la edad casadera y la solteronía, Gustavo, ofrecía, antes que un buen partido, antes que el dinero, una rama de qué echar mano para que no la dejara ese tren de que habla el vulgo y que a tan pocas espera, cosa en que pensó desde que fué pequeña. De suerte que cuando conoció al joven Doctor, y más tarde cuando, —no sin sorpresa—escuchó su nombre entre el ramillete de pollitas que le ofrecían como novias, sintió un vivo contento, y desde entonces no se dió punto de reposo en la *pesca*

del asediado Andrade, quien desde los primeros instantes le pareció inconquistable. Pero no por esto la futura solterona se dió por vencida, antes bien, centuplicó sus esfuerzos que ya culminaban en lo extraordinario, y ya vemos cómo, a manera de primer fruto de esa campaña, el pobre Gustavo había tenido que bailar pese a su disgusto y a sus melancólicas preocupaciones.

Enterado Gustavo por sus propias observaciones del asedio de que era objeto por parte de la incansable solterona, optó por la defensiva, aun a riesgo de trocar su natural delicadeza, en armas y argumentos más fuertes y convincentes, más propios para la defensa. Así es que sentado en el corredor junto a la Arnaldo, expuesto al tiroteo, parecía en realidad su novio. Así se susurraba en los grupos de caballeros y pollitas que estaban por allí sin quitarles ojo y riendo maliciosamente.

—¡Oh, qué delicioso sitio es éste!—exclamó ella sonriendo provocativamente— qué ambiente más especial el de este lugarcito rodeado de pacayas y fragantes flores! ¡Qué a propósito como para escuchar quejas de amor!...

Olvidaba decir, que la Arnaldo era romántica y sentimental como todas las bonitas de su tiempo.

—¿No le parecía así a él?...

Gustavo adivinó a dónde iban a parar aquellas sutilezas.

—Claro que sí—dijo—. En el salón de

baile estábamos asfixiándonos. ¡Qué calor, madre mía! Y yo que quería fumar un cigarrillo. Ningún lugar más apropósito para esto. ¿Le molesta a usted el humo, señorita Arnaldo?

La Arnaldo comprendió que la plaza que sitiaba estaba bien defendida.

—No me molesta para nada. ¿Pero no cree Ud. que tengo razón en lo que toca a aquello de amor?...

—En cierto modo sí. El amor, como lo comprenden los poetas y románticos, tiene por teatro principalmente, sitios como éste. Cualquiera de ellos se derretiría sin duda al estar, como nosotros, rodeado de florecillas olorosas, protegidos por la sombra de los árboles, defendidos de las miradas indiscretas por espesa valla de helechos y frondosas pacayeras, etc.... ¡Ah! y sobre todo.... oyendo el eco lejano de la música.... Pero para mí, oh torpeza imperdonable, el amor, señorita Arnaldo, no tiene sitio. El amor anda en los aires, sin rumbo; nace donde cae la semilla....

—Perdone Ud., Gustavo, pero yo no opino así. Dice Ud. bien: en verdad, el amor, tal y como Ud. lo concibe, tiene por teatro el mundo. Pero ese amor de que Ud. habla, es un amor como si dijéramos anónimo, su concepción es demasiado abstracta, desconocido.... Yo me refiero al amor que conocemos nosotros: a ese amor que nos gusta y nos domina porque sólo es secreto de dos....

—Amiga mía, es secreto de dos, porque el amor, que anda en el aire, echó entre ellos

una semilla que germinó porque así debía ser. ¿No lo cree usted?

—Tal vez. Pero lo que veo por sobre todo, Doctor, es que Ud. no ha amado nunca a nadie.

Gustavo frunció el ceño y su pensamiento se trasladó violentamente a sus amargos días.

—¿Por qué dice Ud. eso, señorita?

—Fácil decirlo, señor doctor. Mire Ud: porque en su manera de hablar, en su indiferencia para lo que le rodea en tocando a amor, en su ¿cómo diré?... en su insensibilidad extraña, que le hace creer que un lugar tan poético como éste, antes se presta para fumar un cigarrillo que para algo más espiritual, bien se ve que no ha sentido jamás el aleteo del amor, y que su corazón está virgen.

Gustavo, al escuchar estas palabras, tuvo que reir grandemente.

—¿Y en eso se funda Ud. señorita Flora, para decir que yo no he amado, que soy así como un ogro de corazón encallecido, impenetrable para nada sutil o espiritual, como dice usted? Va usted a perdonarme, pero sus argumentos son de lo más deleznable. Sus conjeturas en este punto han fracasado.

—¿Luego, usted ha amado?

—Claro que sí. ¿Es de deveras que Ud. me cree tan inexpugnable para el amor?

—Pues me coge de nuevo. ¡Y tal vez hasta tendrá usted novia!...

Gustavo se prometió hacer rabiar un poco a la chica, a costa aunque fuera, del afecto de que por su parte era objeto.

—¿Me pregunta usted que si tengo novia? Sepa usted que sí, y confirme con ello su fracaso en cuanto a la deducción que de mi insensibilidad había hecho.

Flora Arnaldo dió un salto en el asiento. Frunció el entrecejo sin darse cuenta, y un rayo de mal reprimida cólera brilló en sus ojos.

Gustavo observó aquel gesto y rió por dentro.

—¿Con que usted tiene novia?— dijo después, como volviendo en sí y aparentando inocente asombro.

—¿Le parece a usted raro, no es verdad?

—Precisamente raro no. Pero sí incomprensible. Después de oirle hablar a usted.... En fin, pero dígame, es bonita, simpática?... Porque estaría bien que Ud. se fuera a prendar, como otros tantos, de alguna cursi, sencillota...

—Descuide usted, señorita. En ese punto, y feo es que lo diga, pocos me quitan la palma.

—¿Luego, su novia es bonita, Doctor?

La solterona se le había aproximado mucho en el asiento, y casi pegaban sus cuerpos. Al hacer la última pregunta, cambió de color, y pálida de ira, aguardó la respuesta como quien aguarda una sentencia.

Gustavo no se dió por entendido aunque comprendía aquel estado de ánimo, y calmosamente, y tal vez para exasperarla, encendió un nuevo cigarrillo y comenzó a aspirar con delectación el aromático tabaco. Botó, una, dos, tres bocanadas de humo, y dijo:

—Sí que es bonita. Y lo que es mejor, buena como un ángel.

La solterona apretó los dientes y cerró los puños con la convulsión del despecho y la cólera contenida.

—¿Y, quién es la.... agraciada?—preguntó luego con mal fingida indiferencia.

Gustavo creyó que había llegado el momento decisivo. Aquella femenina curiosidad que le exigía casi una confesión, llegó a exasperarle:

—¿Y a usted le interesa mucho?...

La Arnaldo se puso de pie, colérica.

—¡Caballero, usted perdone!—dijo entre dientes—. No creí que usted....

—Fuera tan insolente, ¿verdad?

—Ha acertado usted.

—No comprendo por qué....

No pudo terminar la frase. Vieron llegar hacia ellos un grupo de alegres convidados, que dando voces y danzando cogidos de la mano, les rodearon invitándoles a seguirles.

Gustavo se puso de pie y celebró aquel alegre juego.

La Arnaldo, que ya lo estaba, apenas tuvo tiempo de cambiar su descompuesto semblante.

Conchita y Samuel Lytton formaban parte del alegre corro.

La calma volvió al lugarcito teatro del anterior diálogo.

Gustavo ofreció su brazo a la Arnaldo y y la invitó a pasar al salón. Ella lo aceptó sin extrañarse un punto, y juntos siguieron la enarenada senda del jardín para detenerse luego ante una concurrida mesa de jóvenes invitados.

Gustavo aprovechó el momento de escabullirse y andar solo. Después de la pasada borrasca, necesitaba aire. Así es que se levantó de la mesa con disimulo, y siguió solo por el jardín.

VIII

Avanzaba por una fresca y sombreada avenida de aquel delicioso parque, y así, lejos del tumulto de los invitados, sintió que respiraba mejor, que tenía más libertad para entregarse a sus reflexiones. Tenía fija todavía en su alma la imagen de aquella mujer que viera en días pasados desde su automóvil, y casi adivinaba que nunca la volvería a ver. Ha sido más bien una ilusión de mi mente acalorada —pensó—rápida visión de mi espíritu subyugado por el recuerdo de aquellos aciagos días....

Y caminando así, con el pensamiento muy lejos, se internó por nuevas veredas hasta llegar al centro del jardín. Allí había una hermosa fuente que el señor Pérez había hecho construir imitando una fotografía que había visto en una revista: el agua saltaba en cristalinos chorros de la boca de tres enormes leones de bronce que tiraban de un carro obedeciendo dócilmente a un amorcillo que llevaba las riendas con mucha gracia.

Gustavo se sentó en el poyo del estanque y miró los pececillos aletear con su interminable ir y venir por entre las raíces de musgo acuático y florecidos lirios.

—¡Ah!—decía para sí—ya nunca más podré ser el de antes. Ninguna otra mujer podrá ocupar en mi alma el lugar que aquélla tuvo. ¿Y si hubiese una: cómo confesarle mi pasado, aquella historia casi trágica que no sabría comprender? Tendría que amar a mi hijo como yo le amo, y esto es imposible! ¿Cómo amar el fruto de un amor que no ha sido el propio? Y embargado por estas preocupaciones, Gustavo tomó su cabeza entre las manos y apoyando los codos en las rodillas, se estuvo así bastante rato, hasta que un suceso inesperado le hizo incorporarse y salir de su abstracción:

Al final de la senda de la derecha, vió a un hombre que corría hacia él, y que al principio no pudo reconocer.

Era Lytton y venía con el rostro lleno de júbilo. Al llegar, le dijo, reteniendo el aliento, como a punto de ahogarse de emoción:

—¡Gustavo, Gustavo! ¡Ahí está ella!...

—¿Quién, preguntó anhelante.

—¿Quién ha de ser, Gustavo? Tu visión, la visión de aquella noche!

Gustavo rió con amargo desdén. ¿También su amigo estaba loco?

—¿Qué quieres decir?—dijo—. ¿Acaso Isabel?....—agregó como inconsciente—.

—¡La misma, la misma! ¡Allá viene!...

En aquel momento doblaban una callejuela y venían hacia ellos, cariñosamente cogidas del brazo, y tan hermosas como las tres Gracias mitológicas, su hermana Dolores, Conchita y Angelita Acebedo.

Al distinguir a esta última, Gustavo tuvo que apoyarse en el brazo de su amigo para no caer. No daba crédito a sus ojos.

Dolores hizo la presentación.

En la manera significativa de mirar a su hermano pareció decirle: "Esta es, hermanito, la novia que te había buscado. Mira qué hermosa es".

Y no pensaba mal, porque la Acebedo estaba aquella tarde magnífica: vestía con marcada sencillez, pero con una elegancia y donaire encantadores.

Andrade estrechó las manos de Angelita con una efusión de simpatía tal que parecía que de antiguo la conociera.

Angelita, al ser objeto de tal demostración, se cortó notablemente, pero en su agitado respirar y en la hermosa grana de sus mejillas, bien daba a entender que aquella persona que acababan de presentarle no le era indiferente.

Nada de esto pasó desapercibido para Dolores, Conchita y mucho menos para el inglés.

Todos estaban de acuerdo en que aquél había sido un encuentro de dos personas destinadas a amarse recíprocamente.

Con una maliciosa señal, Dolores hizo que les dejaran aparte.

Gustavo, que no había cesado de mirar a la moza, al sentirse solo, tuvo miedo, no supo qué hacer, sentía latir el corazón dentro de su pecho con una fuerza inusitada.

—Señorita —pudo balbucir,— Ud. com-

prenderá.... ¿qué digo? Estoy un poco impresionado, ¿sabe usted? Mi amigo.... No sé.... pero.... ¿comprende usted?...

Juntos se sentaron a la orilla de la fuente.

A Angelita le llamó la atención la palidez pronunciada del rostro de su amigo y el extraño temblor que se apoderó de sus manos.

—¡Me asusta usted!—dijo—. Está usted extremadamente pálido.... ¿Se ha puesto Ud. malo? Llamaré....

La mano de Gustavo, asiéndole de la suya le detuvo rápidamente:

—No llame usted—dijo sonriente y un poco repuesto—no es nada.... ¿Qué quiere usted que le diga? Perdóneme.... Ha sido algo que nunca había sentido, nunca; que no estuvo dentro de mí evitar.... ¿Dígame, qué haría usted, Angela, si perdiendo usted en la vida una cosa que usted amaba con toda el alma, un objeto sin el que usted no se podía pasar, algo que era todo en su vida, que representaba para Ud. la única razón de vivir, la mejor prenda para su corazón y para su espíritu, la encontrara de pronto, cuando usted menos la esperaba, así de un momento a otro, sin aviso, de tan extraña manera como la perdió?....

—¡Pues me pondría felicísima,—dijo—y daría gracias a Dios!...

—Pues felicísimo estoy—repuso Gustavo—y ahora más que nunca creo en Dios!...

—¿Pues qué—repuso la niña—ha encontrado usted algo que creía perdido?

—Lo he encontrado—exclamó—y me he

encontrado a mí mismo, porque en mi pecho que estaba muerto, he sentido de pronto que aleteaba un alma nueva!

Y sin poder dominar su emoción, Gustavo llevó la mano de Angelita a su boca, cubriéndola de besos y de lágrimas!

IX

Cuando Gustavo y Angelita volvieron al salón de baile, llamóles la atención la curiosidad con que todos les miraban y habrían concluído sin duda por molestarse seriamente, si el hecho de haberse puesto de pié en un ángulo de la sala un vejete pulcramente vestido, obligado por las súplicas, entre verdaderas y burlonas, de unas cuantas bulliciosas señoritas, pidiéndole que recitara alguna cosa, no hubiese desviado hacia ahí todas las miradas.

Guiados por la curiosidad, también ellos tomaron asiento cerca.

—Es Juanito Gutiérrez—explicó Angela a Gustavo—que, como de costumbre, va a recitar algo. No lo hace mal, pero es tan afectado y está tan seguro de que su escuela declamatoria es la mejor, que resulta un poco ridículo. Su especialidad son las poesías sentimentales y dramáticas, y se posesiona de tal modo cuando recita algo de ese estilo, que, yo no sé si verdaderas o fingidas, pero le he visto llorar enormes lagrimones.

—De cocodrilo.... —dijo Gustavo, poniendo atención y observando detenidamente aquel ejemplar de poeta sentimental y llorón tan de otra época—.

Al ponerse de pié el recitador, que era hombre bajito y nervioso y usaba unos bigotes chaplinescos que le sentaban terriblemente mal, unánimes y ensordecedores *chis!* hicieron guardar silencio a la concurrencia como por encanto y todo el mundo de acuerdo en reir un poco a costa del pobre señor, se arrellenó en sus sillas y sonrió satisfecho ante la perspectiva de un rato de burla y diversión.

Porque cuando recitaba Juanito Gutiérrez, aunque fuera la cosa más triste, todo el mundo comenzaba a reirse por lo bajo hasta reventar, y lo más curioso: el pobre nunca lo echaba de ver. Jamás se le había ocurrido que pudieran reirse de él.

—Pues, bien, si se empeñan—dijo el vejete un poco turbado—recitaré....

—"La Novia Tísica"! "La Novia Tísica"! dijeron a coro unas muchachas.

—¡Es tan bonito!—exclamó otra.

—¡Y tan sentimental!—agregó la de allá.

—Y luego, lo recita usted tan bien!—insinuó un tercero con cierto acento de burla.

—Sea,—dijo el recitador.

Y tosiendo un poquito, como cantante que aguarda la señal del director de orquesta para *entrar*, y ordenando con los dedos un poco sus cabellos alborotados, comenzó con voz tenue y suave los conocidos versos de Dueñas:

Pobrecita mi amada, hoy la ví silenciosa,
con tristeza infinita recorrer el jardín . . .

En el salón no se oía más que su voz ni se percibía más movimiento que el de su bra-

zo agitado acompasada y uniformemente al final de cada período.

—Más le valiera estarse quieto—dijo por ahí un criticón en voz baja, viéndole accionar de esa manera.

Y había razón, pues si de algo carecía Juanito Gutiérrez en el arte declamatorio era precisamente del ademán. ¿Pero quién era capaz de hacerle comprender que ignoraba por completo este difícil adorno? Y así cuando dijo aquello de

Caminaba despacio, melancólica y grave . . .

marcó tanto el ademán de andar, alargando el brazo y agitándolo como culebra que rastrea, que por poco si se resbala en el encerado con la risa de todos los circunstantes.

En cuanto a la voz, iba siendo cada vez más cavernosa, más triste, más conmovedora. Aquellas estrofas de

Un hilito de sangre desprendióse temblando . . .

adquirieron con su dicción una lobreguez tal, que las sonrisas cesaron y en muchas gargantas se atravesó un nudo, como se dice vulgarmente. Muchas niñas sintieron un escalofrío corriendo por sus espaldas.

La recitación, después de todo, fué celebrada, y no fué sino hasta que el poeta recitó con iguales extremos declamatorios el *Nocturno,* de Silva, cuando cesaron los aplausos para dejarle descansar.

—Ahora que cante Romero!—dijo una muchacha batiendo palmas con alegría infan-

til, dando saltitos en el asiento con mucha gracia.

—¡Sí, sí, que cante, que cante!—aprobaron otras con igual entusiasmo.

—¡Que cante el *addio a la vita!*—insinuó uno por ahí.

—¡Eso es, el *addio a la vita!*—agregó otro con mayor vehemencia.

Pero Romero, el cantante que todos solicitaban, cortado, rojo de vergüenza, se negaba insistentemente a complacerlos.

—Pero es que....—decía apretándose nerviosamente una mano contra otra—yo, la verdad....

—¡Nada, nada de eso!...—exclamó Conchita que estaba cerca. Usted canta, Romero, tiene usted que cantar, no ve que es mi cumpleaños?

Y sin aguardar más, Conchita tomó de las manos al muchacho y casi arrastrando lo llevó hasta el piano.

—Yo le acompañaré—dijo.

—¡Bravo, bravo!—exclamaron todos—así se hace! ¿Quién dijo miedo?

Los primeros acordes de aquella melodiosa música se dejaron escuchar dulcemente, y y luego el tenor, un poco nervioso, pero con una voz no del todo desagradable, comenzó a cantar aquella conmovedora despedida que ha inmortalizado a más de un tenor de fama.

—Pues no está mal el muchacho—dijo Gustavo a Angelita, que observaba todo en silencio—un poquito más de fuerza y tendría una voz envidiable.

—Eso es precisamente lo que le falta—repuso ella—y a mi modo de ver, Romero fuerza demasiado sus capacidades. El *addio* es un poco fuerte para él.

—Ya lo creo—exclamó Gustavo haciendo una mueca de disgusto—esta última nota ha sido un grito atroz!

Porque de veras, Romero, al subir la voz en el último lamento de aquella dramática renunciación a la vida, había hecho un esfuerzo supremo: había tomado aire, y puéstose de puntillas y rojo como una remolacha, pero todo en vano, pues aquel lloro del alma, aquel grito desesperado, aquel doloroso lamento del novio de la Tosca, tomó en su garganta un sonido tan áspero y crudo, tan incoloro, salvaje y desordenado, que toda la buena impresión obtenida desde el principio, cayó de golpe.

No obstante, al terminar, lo recibió una verdadera tempestad de aplausos.

Lytton, que disimuladamente se había puesto al lado del piano para conversar con la acompañante, hizo un mohin de disgusto muy significativo.

La hija de don Jacinto rompió en una alegre carcajada.

—¡No en todas partes hay Carusos!—dijo sin dejar de reirse.

—¡Pero sí sordinas!—repuso el inglés, riendo también ruidosamente.

—¡Que cante ahora *Pagliacci!*—insinuó alguien a voz en cuello.

—¡Eso es, *Pagliacci,* el *ridi!*, el *ridi!*—dijeron todos.

—Válgame Dios—dijo Angelita verdaderamente preocupada—. Esto sí que es el acabose. ¿Cuándo ha de cantar Romero que no cante el *ridi*?

—Resignación, resignación—dijo Gustavo con un acento cómicamente compungido.

El piano, bajo la presión de los graciosos dedos de Conchita, se dejó oir enérgico y seguro en la introducción de aquella famosa aria dramática.

Todo el mundo parecía en expectación, como en espera de una gran desgracia. A muchos corría el sudor por la frente y los más se retorcían en los asientos como presa de dolor insoportable.

A la postre, la cosa no salió tan mal como se esperaba, pero, por supuesto es fácil adivinar que aquellos momentos culminantes del aria, aquellos gritos del alma del pobre payaso, fueron en aquella ocasión verdaderos y auténticos gritos destemplados del pobre Romero. El llanto del desgraciado Canio no tuvo en aquella garganta mejor éxito que el del infeliz Cavaradossi, pero como en la otra ocasión, los aplausos se escucharon hasta ensordecer.

Después del canto de Romero, la orquesta, inesperadamente y con el regocijo de todos, rompió con un ruidoso y acompasado *fox* que llenó la sala en un instante de danzantes parejas.

Gustavo tomó a Angelita por un brazo y ciñéndola dulcemente por el talle, comenzaron a bailar con alegría y entusiasmo.

Y es que Gustavo se sentía verdaderamente feliz, nuevo, otro hombre, respiraba....

Su felicidad estaba resuelta: sabía por lo menos dónde se hallaba. ¿Cómo hacerla suya? ¿Cómo alcanzarla?

Todos estos pensamientos afluían a su mente mientras se oía la música y sus piés, junto a los de ella, se deslizaban simétricamente sobre el encerado piso. Le parecía increíble aquel repentino cambio en su persona, y comprendía que lejos de aquel porvenir sombrío que su eterno pesimismo le había hecho siempre columbrar, le esperaba ahora mucho que vivir, mucho que gozar, mucho que amar, en una palabra.

Hablaría a sus padres, les diría todo, les abriría su pecho ampliamente, sin ocultar un hecho, una idea, un solo pensamiento, y finalmente les pondría al corriente de su amor, de su nuevo, de su grande amor, y les pediría consejo. Ellos le salvarían. ¿Qué hay imposible para una madre amorosa que quiere complacer a su hijo?

Por lo pronto, ella estaba allí, en sus brazos, toda vaporosa, perfumada, sonriente, adorable, con sus ojos negros y su cuerpo menudo y gentil.

¿Pero, le iría a querer, le amaría, le llegaría a comprender?

Sí sí, sí le amaría. Sí, sería suya. Lo adivinaba en toda ella, en su sonrisa, en sus palabras, en sus miradas. ¿Si no, cómo llegaron a sentirse como ligados por una antigua amistad, habiéndose conocido sólo hacía pocas horas? ¿Por qué le parecía bueno a ella todo lo

que él decía y le hablaba con una franqueza y naturalidad que sólo usan las personas que se aman? ¿Por qué, pues, ahora mismo, la sentía respirar hondamente en sus brazos y recostar su cabecita rizada contra su pecho?

Sí, estaba seguro de que le amaría. Además, habiéndoles llevado los movimientos del baile varias veces junto a su madre, él había observado que la señora reía con satisfacción, como diciendo: "Fíjate en lo que llevas, muchacho, eso es para ti!" ¿No era eso alentador? ¿No era esto como una promesa de aquella felicidad que tanto buscaba?

Al terminar la pieza, y siendo ya tarde, muchas personas y familias comenzaron a retirarse.

La misma Conchita, puesta de pié a la salida de la sala, acompañada de su padre, daba a todos la mano con amable sonrisa y recibía las gracias y cumplidos encantada de su papel de ama de casa.

A una señal de doña María, Dolores se levantó de su asiento y dijo a su novio que era tiempo de partir.

En cuanto a Angelita, ahí estaba su papá con el abrigo y el sombrero en mano, y allí mismo se despidió de Gustavo. Este que vió que don Justiniano conversaba con su padre, apretó su manecita fuertemente y se quedó mirándola largo rato, como queriendo decirle en una sola mirada todo lo que sentía por ella. Angelita sonrió dulcemente y así mismo, estrujó entre sus delicados dedos la mano recia que retenía la suya.

Momentos después se separaron.

Epilogo

¿Quién pudiera decir ahora en pocas palabras, todo lo que sucedió después de aquella memorable tarde de fiesta en casa del Licenciado don Jacinto Pérez?

Sólo hay que decir lo que ya se supondrá sobradamente: que Gustavo casó con Angelita, y Dolores con Pepe Frías y Lytton con Conchita.

Que aunque las solteronas asegurando que Gustavo había hecho *una* en Londres, no se conformaría con *esa* y cualquier día saldría con *otra*, se oponían redondamente al matrimonio, lo que convenía se realizó dichosamente con el contento de todos.

Que las bodas se celebraron conjuntamente y con gran pompa, y que por entonces como ocurre siempre, fué el Amor el que salió triunfante y haciendo su regalada gana.

Y henos por fin, dando remate a nuestra historia, habiendo presenciado sucesos tan extraordinarios como el de aquella mañana, llena de luz en que tres parejas de novios bajaban al compás de la Marcha Nupcial de Mendelssohn, las amplias graderías llenas de flores, de la Iglesia Parroquial.

GLOSARIO

TICO: *Nombre con que los nicaragüenses designan al habitante de Costa Rica, por ser muy inclinado a usar en la conversación diminutivos como hermanitico, hijitico, etc.* (*Gagini*).

ACABADO: *Desgastado, desmejorado. Dícese de las personas que físicamente dan muestras de haber sufrido una enfermedad o pena moral muy grande; que están flacas, pálidas y con ojeras, etc.*

CERCOS: *Corrupción de la palabra* cercados, *parcela de terreno generalmente cultivado.*

VIEJA: *Aquí, como en la Argentina, se usa esta palabra para llamar cariñosamente a la madre y a la esposa, aunque con más frecuencia a ésta última. Tratándose del padre,* viejo, *raramente se usa.*

RECREOS Y RETRETAS: *Conciertos populares que da la Banda Militar en los parques Morazán y Central de la ciudad y a los que concurren,—a diferencia de lo que pasa en Guatemala y otros países de América,—personas de buena sociedad. Los* recreos *se celebran solamente los domingos y a las cinco de la tarde. Las* retretas *tres veces por semana y a las ocho de la noche.*

CHINGO: *Desnudo, y por generalización,* corto, *refiriéndose a la falda de un vestido.*

ÑOR: *Abreviación de* señor *que usan los campesinos para tratar a aquellos de ellos que por razón de su edad, fortuna u otra cosa, son acreedores, en su concepto, de mayor respeto. El femenino de* ñor *es* ña.

MACHO: *Con esta palabra se designa en Costa Rica a todo inglés, alemán o norteamericano, pero por extensión se aplica a toda aquella persona, hombre o mujer, aún costarricense, que físicamente reuna los caracteres de los extranjeros citados, es decir, que sea rubio, ojos azules o verdes, y tenga la piel blanca o colorada con los colores de la buena salud. Sería curioso estudiar el origen de esta acepción de la palabra* macho, *la que por cierto no deja de ser a primera vista un poco ofensiva para los extranjeros.*

TEES: *Fiestas sociales que se celebran ya en casas particulares, ya en Clubs, donde se toma té y generalmente se baila.*

CHITA: *Contracción de* chiquita; *diminutivo cariñoso con que se llama a los menores de una casa y aún a los mayores cuando son muy mimados.*

CONSENTIDA: *Mimada, que se le dá gusto en todo y se le consiente todas las travesuras que haga.*

BAILE DE AÑO NUEVO: *Se celebra la noche del 31 de Diciembre en el Teatro Nacional, con gran lujo, y se puede decir que es la fiesta social más importante que hay en el año. A ella concurre toda la sociedad y hacen su entrada en la vida social las muchachas debutantes.*

ESTRENARSE: Refiriéndose a una muchacha de sociedad: que ya ha asistido por primera vez a un baile de etiqueta, vistiendo traje largo.

JALAR, JALEO: Ser novios, estar en amoríos; noviazgo, flirteo.

NIÑA: Tratamiento que se usa sólo en el femenino y que reemplaza en cierto modo al doña, que aquí sólo se usa para las señoras casadas.

VELETA: "Que está para donde sople el viento". Aplicado a una persona significa que es voluble, inconstante, interesada, sin noción de lo que el deber y el honor prescriben en cuanto a la necesidad de mantenerse firme en una actitud cualquiera.

ALEGRE: Como existe muy generalizada la idea de que el licor pone siempre alegre a aquel que lo ingiere, esta palabra vino a designar, referida al estado de una persona, poco más o menos que ha tomado demasiado.

CAER PARAO: "Como los gatos": Que siempre saca provecho de todo aun a costa de su delicadeza y buen nombre. Se aplica a los que no obstante los cambios de gobierno y su propia filiación política, siempre obtienen beneficio del Estado o conservan el puesto que tenían en el gobierno saliente.

CUITAS: Esta palabra casi no se usa aquí en su verdadero sentido, es decir, penas, congojas, etc., sino que designa principalmente los excrementos de las aves. Aplicado a una persona significa que es floja, cobarde.

ESTAR EN GRANDES: Dícese de los novios cuando parece que su noviazgo es serio y que parará, a no dudar, en casamiento.

MUDENCO: Que es parco en las palabras. Es ofensivo y se usa para aquél o aquélla que debiendo hablar en una ocasión necesariamente, no lo hizo porque no quiso o no pudo.

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

FEB 02 2000

FEB 24 '00

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002698975